



ÉPOCA 3.^a—AÑO IX.—TOMO VII

NÚMERO 27.—Madrid 25 de Setiembre de 1884

NÚMERO SUELTO, DOS REALES

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Seis meses.....	30 rs.
Un año.....	60 »
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	1 ps. fs.
Un año.....	4 »

DIRECTOR
DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

ADMINISTRACIÓN
PELIGROS, 20, SEGUNDO



PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Un mes.....	11 fr.
Un año.....	21 »
FILIPINAS Y MÉJICO	
Seis meses.....	3 1/2 ps. fs.
Un año.....	6 »

SUMARIO

TEXTO. — Revista, por Nulema. — Crónica Universal, por D. M. Riera. — Los insomnios de Roque, por Blas. — Los grabados. — Unidad de la especie humana, por X. — El Campo Santo de Pisa, por don Ignacio Herrera. — Las bodas de oro de la Sociedad de San Vicente de Paul en la Habana (continuación). — La plegaria, por D. José P. Villamil. — La Santa Casa en que nació María Santísima y su traslación á Loreto. — Conciertos útiles.

GRABADOS. — Márgenes del Nilo en el Egipto superior. — La Hermana de la Caridad. — Cuartel general de los ingleses. — Una acción en las orillas del Nilo. — La celda de un comento.

Un suceso de sensación, como ahora se dice en el galimatías al uso, de gran notoriedad entre las gentes *comme il faut*; un suceso capaz de promover una revolución, de enfurecer á un público, de... retratar á nuestra sociedad madrileña ha venido á distraernos de los temores del cólera. Se trata nada menos que de la subida de precios del Teatro Real. En la próxima temporada habrá palcos que costarán 38 duros cada noche y las butacas cuatro. Las demás localidades han subido en proporción.

La empresa, temerosa de sublevar al público, ha consultado el alza con los periodistas, y estos órganos de la opinion pública han exigido en beneficio del pueblo que no se toque al precio del paraíso. Concedida esta gracia la reforma ha sido aprobada, y se llevará á efecto con beneplácito del Gobierno. Tenemos por seguro que el abono de este año será mayor, si cabe, que los años anteriores, pues nuestra buena sociedad se ve más comprometida que nunca á quemar unos cuantos miles de reales en aras del lujo cortesano y aristocrático. ¿Qué se diría del duque de A. y del marqués de B. si por 100 ó 200 duros de subida en el precio de los palcos dejasen el abono? No hay más remedio que apechar con la carga; donde iban 12.000 reales, que vayan 16.000; por 4.000 reales no se puede perder lugar en la alta sociedad del gran mundo.

REVISTA

Nos está favoreciendo el cielo con un otoño anticipado, que podrá influir poderosamente en salvarnos de la invasión colérica. Porque no hay desinfectantes en los laboratorios químicos que puedan competir con los que elabora la misma naturaleza; mientras las lluvias lavan nuestras ciudades, los aires purifican la atmósfera.

El hecho es que nos vamos librando del cólera á pesar de los muchos peligros de que estamos rodeados, y á medida que nos acercamos al invierno disminuyen las probabilidades de la invasión; pues parece cosa segura, en medio de las dudas que suscita el cólera, que su naturaleza asiática es refractaria á los rigores del frío, sobre todo si éstos llegan á traducirse en nevadas y hielos.

En nuestras comarcas de Levante y en las poblaciones inmediatas va picando, porque este cólera se muestra muy aficionado al mar y no quiere alejarse de sus costas; pero en buena hora lo digamos, aunque mal enemigo siempre y huésped funesto en todas partes, en nuestro país se va mostrando esta vez sumamente benigno y misericordioso.

Francia ha visto sus grandes estragos en Tolón y Marsella, y de Italia basta nombrar á Nápoles para horrorizarse; en España, hasta hoy no hemos tocado, ni con mucha distancia, semejantes desdichas, que ponen espanto en el corazón de las gentes.

Bendigamos al Señor, que nos favorece con su clemencia, y procuremos hacernos acreedores á nuevas mercedes.



MÁRGENES DEL NILO EN EL EGIPTO SUPERIOR.

Este es el criterio de nuestra aristocracia regenerada: las sonrisas del gran mundo valen para ella más, incomparablemente más, que las de sus pobres hijos, condenados tal vez á la miseria.

A primera vista parece que no debe alarmar á las personas que viven con orden y economía, que saben privarse de las cosas superfluas por no carecer de las necesarias, esta subida de precios en un espectáculo teatral. Que se encarezcan los objetos, las costumbres y todos los elementos del lujo y de la vanidad parece hasta conveniente, por la misma razón que se expone en favor del papel sellado: que encareciendo los procedimientos judiciales dificulta los pleitos. Pero si bien se repara y se medita, se verá que este hecho, cuya importancia nos hace reír á los que no vivimos arrebatados por el lujo del gran mundo, es en el fondo un hecho grave y de verdadera transcendencia para todos, incluso para el pobre que vive en una buhardilla y que jamás ha podido pensar en oír á Gayarre ni á la Patti.

¿Cómo? Pues muy sencillo. Los ricos no tienen virtud bastante para resistir á la tentación del lujo, y caen en ella con tanta mayor facilidad cuanto es más rigurosa y exigente. A buen seguro que— como decimos antes — el abono de este año será superior al de los anteriores. Y resulta que de día en día

aumentan las atenciones, las falsas atenciones de los ricos, los cuales, apremiados por un crecimiento constante en su presupuesto de gastos, han de procurar, como es consiguiente, que suba en proporción el de ingresos. De aquí el subir las rentas, el despertarse la codicia insaciable y cerrar los oídos á las quejas de las infelices víctimas de su ambición desapoderada, á que sirven de estímulo las exigencias del gran mundo. Pero el presupuesto de ingresos llega á su máximo, las rentas no pueden subir más, las fábricas no pueden andar más aprisa, la tierra, esquilada, merma sus productos. ¿Qué remedio para nivelar los gastos antes de acudir á empréstitos ruinosos? Hacer economías. En el presupuesto de gastos los hay de dos clases: públicos y de ostentación, y reservados ó de vida privada.

El coche, el teatro, los trajes, la gran mesa no es posible tocarlos, hay que acudir á la vida privada; las limosnas, los escotes de las hermandades, las misas por los difuntos, toda esta serie de pequeños gastos que la piedad y la caridad imponen, son los primeros que caen ante las exigencias del gran mundo. Y así se explica cómo habiendo muchos ricos que la echan de muy católicos van desapareciendo de la Sociedad de San Vicente de Paul, de las antiguas cofradías, de todas las obras buenas que puedan costarles algún dinero.

Una persona muy rica, sin atenciones de familia, se suscribió hace tiempo, por recomendación de un amigo suyo, á LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA. Al terminar el año se dió de baja; y como el amigo le reiterase la recomendación, contestó con una tarjeta que decía así: «Me gusta el periódico, es útil para la propagación de las buenas ideas; pero tengo tantos gastos que me he visto precisado á dejar ésa y otras suscripciones.»

En efecto, con dejar LA ILUSTRACIÓN había hecho una economía de tres duros al año; en cambio es constante abonado á los toros, al Real, á los conciertos, y paga las cuotas de cuatro ó cinco casinos.

Tal vez se diga que hay excesivo realismo ó naturalismo en este párrafo; pero también nosotros hemos de seguir en algo las modas reinantes.

**

Han aparecido en Madrid tres nuevos apóstoles, que por lo visto dan quince y raya á los anteriores en el arte maravilloso de alucinar al vulgo con curas milagrosas.

Por más de un mes han venido ejerciendo su profesión á ciencia y paciencia de las autoridades, hasta el punto de haber habido guardia á su puerta para ordenar la entrada y salida de los devotos. Ultimamente, cediendo á las quejas de algunos periódicos, los tres milagrosos han sido presos y entregados á la autoridad para que los procese en debida forma.

Se trata de tres hombres, un burgalés, un alicantino y un malagueño, que se creen dotados del don sobrenatural de infundir al agua virtudes curativas extraordinarias. Y lo más sorprendente y misterioso es que estos hombres no quieren por nada del mundo recibir dinero de sus clientes, lo cual les hace merecer, como es consiguiente, especial devoción del vulgo, propenso á dejarse arrastrar por cualquier sombra de abnegación y sacrificio.

Si sólo se tratara de uno, dos ó tres milagrosos, el caso aún podría explicarse por una de tantas alucinaciones á que está expuesta la imaginación de los hombres, puesto que á santidad verdadera no puede atribuirse; pero lo que completa la gravedad y el misterio de este suceso es que, según parece, andan por varias provincias de España otros apóstoles de la misma índole y abnegación, que suponen una como falange organizada y sometida á cierta dirección superior y á un mismo plan curativo.

Quién busca la explicación en el espiritismo, quién en la propaganda protestante; unos atribuyen el misterio al propósito de encubrir robos, y otros — acaso con más tino — creen que no es ajena á estos milagros la política revolucionaria. Lo que no cabe duda es que tienen tales apóstoles muchos partidarios, y algunos de alta posición social, no siendo de creer que toda esta gente haya participado de los beneficios de sus curaciones.

Verdad es que en París, en el cerebro del mundo, según Víctor Hugo, existen actualmente más de 6.000 adivinas; pero estas mujeres hacen de sus diabluras un comercio muy lucrativo, pues Mad. du Châtelier no lleva menos de 20 francos por consulta y 100 por un horóscopo, y así ha logrado formarse un capital muy respetable. La adivinación retribuida no es un misterio como la de nuestros apóstoles, por más que una y otra demuestren bien á las claras que, al acabar el siglo XIX, las luces del progreso se van convirtiendo en lamparillas de nigromantes.

**

Aun no extinguida la invasión cólera en España, y no desvanecidos por completo los temores de su propagación en el resto de las provincias privilegiadas, los teatros de Madrid anuncian en sus carteles las siguientes piezas cómicas relativas al cólera: *El Doctor Koch, Los microbios, En la frontera, El cerrillo de los Angeles, Las fumigaciones, Un caso sospechoso, Patente de Sanidad, etc.*

¡Excelente medio de conjurar el azote de la divina justicia! Esta tendencia á reirse de todo, hasta de los estragos de una peste aterradora, es uno de los peores síntomas de la corrupción de nuestras costumbres. ¡Qué ganas de reirse del cólera tendrán las familias de las víctimas que están sucumbiendo aún en nuestras comarcas de Levante! Un poco de caridad siquiera para no insultar el dolor de tantas desgracias con las carcajadas de estas orgías teatrales. ¿Qué menos puede pedirse?

Y el caso es que esos que se ríen con los estragos del cólera son los primeros que se echan á temblar á la sola idea de que se les pueda meter en casa. ¿Puede darse mayor egoísmo?

Bien mirado, el cólera es la peste más benigna de estos tiempos. La sociedad moderna huele que apesta.

**

El lunes de esta semana cogimos *La Correspondencia*, y uno de los primeros sueltos que nos echamos á los ojos decía así:

«Anoche ocurrió un descarrilamiento a la entrada de Cetina, saliéndose de la vía un furgón y cuatro vagones del tren expreso de Zaragoza. No hubo desgracias personales; los viajeros fueron transbordados y están ya en Zaragoza.»

«Otro telegrama de Palencia da cuenta de que el tren núm. 255 ha descarrilado en el kilómetro núm. 291, habiendo quedado en mal estado la máquina. El siniestro se debe á un corrimiento de trinchera. No hay que lamentar desgracias personales. Los viajeros hacían transbordo á la una de la tarde.»

Estas noticias, cuando está tan reciente la muerte del Sr. Mayo y de su hijo, horrible catástrofe que ha dejado honda impresión en toda España, son capaces de hacernos recordar con envidia las antiguas galeras. Porque esto de morir aplastado entre los topes de un vagón, empalado en la astilla de un coche ó despedazado por violenta sacudida en medio de un camino de hierro, son desdichas para matar á un héroe, pues el tributo de la muerte á todos nos gusta pagar, ya que no hay escape, en moneda corriente. Las bancarrotas y quiebras de la vida son más horribles é ignominiosas que las del comercio, y comprometen más los créditos del alma, pagaderos en la vida futura.

En lo que va de año han ocurrido más de quince descarrilamientos, cifra espantosa para los ferrocarriles de España, que equivale á trescientos en Inglaterra y á más de quinientos en los Estados Unidos. ¿A qué puede atribuirse esta frecuencia de siniestros en nuestros ferrocarriles, cuya velocidad no es comparable con los extranjeros?

Ingenieros tiene el Estado, diremos parodiando al P. Astete, que podrán averiguarlo. A nosotros nos importa poco que sean defectos del material ó faltas del personal; lo que nos importa es no descarrilar.

**

Mientras los católicos de España se desgarran en luchas intestinas, dividiéndose en mil fracciones hasta disolverse en la inacción y en la apatía, los impíos, los racionalistas implacables, los ateos teóricos ó prácticos van levantando sus trincheras para hacerse fuertes contra la verdad cristiana, y contra la Iglesia y sus instituciones.

Lean los católicos esta noticia, y piensen luego si nuestra conducta, nuestra acción corresponde á la de nuestros enemigos:

«La Institución libre de Enseñanza ha quedado instalada desde 1.º de Setiembre en su nuevo local del paseo del Obelisco, 8. Se trabaja en las obras de su observatorio, que quedará terminado antes de la apertura de las clases.»

«La Institución ha montado un servicio de almuerzos para los alumnos y celebrado un convenio con la compañía de los tranvías del Norte para trasladarlos desde la Puerta del Sol al local, y regreso por la calle de Hortaleza.»

La tal Institución es una escuela de ateísmo franca y declarada. De año en año introduce alguna mejora material en sus clases, y ya tiene fuera de cimientos un edificio propio y desahogado en el paseo de la Castellana. Para todo esto claro está que se necesita dinero y mucho dinero; y suponiendo que el ingreso de las matrículas no sea grande, pues gracias á Dios todavía es corto el número de sus alumnos, se comprende que el dinero ha de venir de los accionistas, inagotables por lo visto en proveer de recursos á la impiedad.

¿Qué colegio, qué instituto católico merece iguales atenciones en España? Ninguno; al pensar en

esto, con el corazón traspasado de pena ocurre preguntar: ¿qué hacen los católicos españoles para contrarrestar el empuje creciente de la Institución libre de Enseñanza?

¿Qué hacen? Puede verse en los periódicos católicos, donde se refleja el estado de las fuerzas católicas en España.

Y al llegar aquí, acometidos de horrible desaliento soltamos la pluma y levantamos los ojos al cielo.

NULEMA.

CRÓNICA UNIVERSAL



SEGÚN cartas particulares hay en Roma algunos casos de cólera, y con este motivo una alarma tan grande en el vecindario, sobre todo en los barrios pobres, que el Gobierno se ve apurado para sostener el orden público. Con este motivo Su Santidad ha dirigido una carta al cardenal Jacobini, en la cual le encarga que se establezca un hospital junto al Vaticano, donde el mismo Papa prestará sus servicios como enfermero y como sacerdote. Si la epidemia lo hiciere necesario quiere que se establezca otro en San Juan de Letrán, y para subvenir á estas instituciones ha destinado un millón de liras. El pueblo romano sabe muy bien que, en caso de una gran epidemia, ha de volver los ojos al Vaticano más bien que al Quirinal.

Lo que sucede en Nápoles con el arzobispo cardenal Sanfelice, es un ejemplo de lo que sucedería en Roma si la epidemia llegara á desarrollarse. Allí el heroico Prelado se pasa los días y las noches en los hospitales, á la cabecera de los enfermos pobres y abandonados, derramando en todas partes los consuelos de su caridad heroica, y animando así á su clero á seguir tan noble ejemplo. El ascendiente del Cardenal Arzobispo es tal, que las autoridades civiles se ven obligadas á acudir á él para calmar el ánimo de las masas irritadas, para inducir á las familias á que se conformen con las prescripciones de los médicos, para organizar Comités de socorro y de asistencia pública.

El clero en general ha correspondido á la caridad de su Prelado, y hasta los periodistas más liberales lo confiesan diariamente en sus publicaciones. En cambio los pastores protestantes que había en Nápoles comiendo y bebiendo á costa de las sociedades bíblicas han tomado las de Villadiego, dejando á sus feligreses en brazos de la caridad de los católicos. Trabajo les ha de costar, cuando regresen de su huida, reunir de nuevo su rebaño.

Volviendo á Roma, se sabe que Su Santidad ha terminado ya su Encíclica explicando la proposición LXXX del *Syllabus*. El día 20 la leyó á varios Cardenales, y se cree que la publicará muy pronto. Es un documento notabilísimo, que va á dar mucho que discutir á la prensa europea por la importancia y trascendencia de las cuestiones que trata.

El Consistorio que debía celebrarse este mes, ha sido aplazado. Se cree que lo celebrará Su Santidad el día del Rosario, á cuya devoción es tan aficionado, como lo demuestra continuamente.

En la sesión que celebró la Sagrada Congregación de Ritos el día 26 de Agosto último, se examinaron las virtudes del venerable siervo de Dios Nunzio Sulpicio. Era éste hijo de un zapatero y de una hilandera, y nació el 13 de Abril de 1817 en Pesco Sausonesco, provincia de Tesamo (Nápoles), y murió en 1836.

Su causa de beatificación se abrió, al mismo tiempo que la de la reina de Nápoles, en 1856. ¡Admirable espíritu el de la Iglesia, que, apreciando á los hombres por sus virtudes, coloca á la par una Reina y un hijo de un zapatero!

Cerraremos este párrafo con la oración que acaba de aprobar León XIII y ha publicado su Cardenal Vicario. Dice así:

«María, Virgen inmaculada, Madre de Dios y Madre nuestra: mira los ataques que de todas partes dirigen el demonio y el mundo á la fe católica, en la que, para lograr la gloria eterna, quiero por gracia de Dios vivir y morir.»

«Auxilio de los cristianos, renueva para salvar á tus hijos las antiguas victorias. A Ti confían el firme propósito de no pertenecer jamás á sociedades de herejes ni de sectarios. Presenta, Santísima Señora, nuestros propósitos á tu divino Hijo, y alcánzanos las gracias necesarias para perseverar hasta el fin.»

«Consuela á la Cabeza visible de la Iglesia, sostén al Episcopado católico, protege al clero y al pueblo que te aclaman Reina, y con el poder de tus súplicas acerca el día en que todas las gentes se congreguen alrededor del Pastor supremo. Amén.»

El gran suceso de la última decena en las cosas de Europa, ha sido la entrevista de los tres Empera-

dores. Se verificó en Skiernewice el 16 del corriente, y sólo sabemos que fué muy cordial, lo que no es decir nada, y que después de conferenciar los Emperadores lo hicieron sus primeros ministros. Las opiniones acerca de este asunto son muy variadas: quién pretende que de esta entrevista saldrá un reparto de Turquía como el de Polonia; hay quien sostiene que la única consecuencia de esta entrevista será la consolidación de la paz en Europa, y no falta quien indique que las cosas quedarán en el estado en que están ahora, sin sufrir alteraciones de ningún género.

¿A qué gastar el tiempo en conjeturas, careciendo de datos seguros acerca del objeto de la entrevista? Lo que sea sonará, y mucho más si lo que ha de sonar son cañones.

El príncipe de Bismarck se hace más reservado á medida que se hace más viejo. De aquí el que no se pueda atinar con los derroteros de la política alemana, ni en lo interior ni en la exterior. Mientras que el venerable obispo de Munster declara, en presencia de numeroso concurso de fieles, que la Iglesia, no sólo no ha alcanzado la paz en Prusia, sino que está muy lejos de alcanzarla dada la conducta del Gobierno, en Berlín y en Roma se cree que el anticipado regreso á esta última ciudad del señor Schloezer significa propósitos de activar las negociaciones de paz pendientes con la Santa Sede.

Los católicos reunidos en el Congreso de Amberes han terminado sus tareas.

Windchorst ha resumido los discursos pronunciados en dicha Asamblea, y después ha terminado pidiendo la abolición inmediata de todas las leyes del *Kulturkampf*, y protestando contra la usurpación de los Estados Pontificios y el despojo de la Sagrada Congregación de la Propaganda Fide. Hé aquí sus últimas frases: « Dos palabras debemos llevar escritas siempre en nuestra bandera de combate: sumisión y unión. Sumisión incondicional, absoluta, á las enseñanzas de la Iglesia, y unión entre todos los que nos hemos propuesto luchar por la libertad de nuestras conciencias y por reivindicar los derechos que concede la Constitución fundamental del Imperio á nuestra comunión religiosa. Las ventajas obtenidas hasta el presente son prenda segura de las que, con la ayuda de Dios, obtendremos en lo por venir.»

El Congreso del año que viene se celebrará en Munster.

Ahora los católicos se aperiben para la lucha electoral que se verificará el 21 de Octubre próximo.

Hé aquí el arreglo que ha tenido la cuestión eclesiástica en Suiza, de acuerdo con la Santa Sede:

Para el Tessino:

« Artículo 1.º Las parroquias del Cantón del Tessino serán desligadas canónicamente de los obispados de Milán y de Como, y colocadas bajo la administración espiritual de un Prelado, que recibirá el título de Administrador apostólico del Tessino.

« Art. 2.º El nombramiento del Administrador apostólico se hará por la Santa Sede.

« Art. 3.º Si el titular muriese antes de la organización definitiva de la situación religiosa de las parroquias del Cantón del Tessino, el Consejo federal, el Cantón del Tessino y la Santa Sede se entenderán para la prórroga de este arreglo provisional.

« Art. 4.º El Cantón del Tessino se obliga á tomar las medidas necesarias para la ejecución de este arreglo, principalmente por lo que hace al sostenimiento de la administración apostólica, su lugar residencia, etc.

« Art. 5.º Las ratificaciones deben cambiarse en Berna en el espacio de tres meses.

« Dado en Berna el 1.º de Setiembre de 1884. » (Siguen las firmas.)

Para la diócesis de Basilea:

« Artículo 1.º Tan pronto como Mons. Lachat haya recibido de la Santa Sede otro destino, se procederá al nombramiento de su sucesor para la Sede episcopal de Basilea.

« Art. 2.º Derogando las disposiciones del arreglo de 1828, el nombramiento del sucesor de Mons. Lachat se hará por la Santa Sede, que elegirá para esta dignidad eclesiástica á una persona grata al Consejo Federal, que posea además las cualidades exigidas por los cánones de la Iglesia.

« Art. 3.º Cuando esté instalado el nuevo Obispo, se procederá á la constitución del Cabildo de la catedral de Soleura y al arreglo de las cuestiones económicas.

« Art. 4.º Las ratificaciones del presente convenio serán cambiadas en Berna en el plazo de tres meses. »

En el acta de las conferencias se ha declarado que el Sr. Fiala será persona grata á la Santa Sede para ocupar el obispado de Basilea.

No faltan periódicos que dicen que Su Santidad ha ido muy lejos en el terreno de las concesiones. Comentando esta opinión, ha dicho *La Germania* de Berlín:

« Algunos periódicos pretenden que en las negociaciones con Suiza la Santa Sede ha ido más allá de lo debido en interés de la paz. No es exacto. Pero sí lo es que la Santa Sede ha llevado su amor á la paz hasta el extremo límite de

las concesiones posibles. Pero esto que ha hecho la Santa Sede con Suiza, está dispuesta á hacerlo con Alemania y todas las potencias que tienen negociaciones pendientes con Roma. León XIII sacrifica siempre todo lo que es posible sacrificar al deseo de la conciliación y la paz entre los poderes de la tierra. »

El Consejo federal ha obsequiado al representante del Papa con un convite de despedida en Bernehof, en el que ha reinado la mayor cordialidad.

Quiera el cielo que sea fecunda y duradera por parte del Gobierno suizo.

Ya deben haberse convencido los liberales belgas de que hicieron una gran barbaridad en atropellar la manifestación católica del día 7 en Bruselas; han dado coces contra el aguijón, según dice el refrán castellano.

De las averiguaciones hechas por el juez instructor de la causa, resulta que el día 6 se reunieron en el círculo liberal los guardias liberales, representantes de las logias y de las asociaciones liberales, y acordaron atacar la manifestación en la plaza Fontaines, en la Bolsa y en la estrecha calle de Beurre. En estos sitios no se veía, en efecto, á un solo representante de la autoridad.

Fiados los católicos en las seguridades dadas por el alcalde, iban desarmados, mientras los liberales llevaban toda suerte de armas ofensivas y defensivas. Han muerto hasta ahora ocho personas, y hay muchísimas que están heridas, algunas de ellas de gravedad.

Todos los Ayuntamientos del reino publicarán una protesta contra el proceder de los sectarios de dicho partido, y seis de las nueve Diputaciones provinciales harán lo propio. Muchísimas personas de importancia que hasta ahora habían estado al lado del partido liberal, han visitado á Mr. Malou y le han ofrecido su apoyo para castigar á los asesinos.

El alcalde de Bruselas, Sr. Buis, cómplice y encubridor de los agresores, va á ser procesado, y el *Diario Oficial* ha publicado una nota del Gobierno desaprobando su conducta porque « no reprimió los desórdenes del día 7, como era su deber ».

El rey Leopoldo ha sancionado ya la ley de enseñanza, y en audiencias con varias autoridades ha mostrado su propósito de apoyar con toda energía al Gobierno actual. Que no lo haga, y ya verá la cuenta que le tiene; pues los liberales, irritados con tantas derrotas, han comenzado ya á proclamarse por la república.

No hay que darle vueltas: la causa de los Reyes es la de la Iglesia, y hasta los cismáticos y protestantes tienen que apoyarse, para no caer, en la piedra indestructible de San Pedro.

La guerra franco-china está en suspenso. ¿Qué esperan los beligerantes? Según noticias de origen inglés, los chinos esperan tener organizado un ejército para hacer la declaración oficial de guerra é invadir inmediatamente el Tonkín. Los franceses no se sabe qué es lo que proyectan, pues mientras unos suponen que el almirante Courbet piensa dirigirse á puntos inmediatos á Pekín, y que para hacerlo espera á recibir los víveres y refuerzos que ha pedido, otros creen que se mantendrá en expectativa hasta ver la actitud de los chinos, temeroso de comprometerse en nuevas aventuras.

Lo cierto es que hasta ahora las operaciones del almirante francés contra Kelung sólo han servido para irritar á los chinos, que han hecho improductivas las minas de carbón inundándolas, á fin de que los franceses no puedan aprovecharse de ellas.

Un antiguo diplomático que conserva frecuentes relaciones con China, ha escrito una carta al *Times* de Londres en la que dice que el Gobierno del Celeste Imperio ha dado orden de evitar, si es posible, la guerra, y espera que medien á este fin las potencias europeas.

« En el caso contrario — dice — China resistirá con todas sus fuerzas la agresión francesa, haciendo á Francia responsable del perjuicio que sufra el comercio en general y de los ataques que sufran las potencias neutrales en las personas ó los bienes de sus súbditos. »

El *Standard* supone que Nankín será el objetivo de las próximas operaciones del almirante Coubert. La presencia de la escuadra rusa en las aguas de China inspira vivas inquietudes á China y Japón. Se cree que el Gobierno ruso toma medidas para evitar que el Japón se apodere de Corea aliándose á Francia. En ese caso los rusos se apoderarían de la isla de Quelpart, que se halla á la entrada del Estrecho de Corea.

Dejemos que los sucesos aclaren un poco el horizonte, demasiado oscuro por el Imperio Celeste.

En los primeros días de este mes se ha verificado una peregrinación francesa á Nuestra Señora de Lourdes, que ha durado tres días y á la que han concurrido más de 8.000 peregrinos, siendo de admirar el recogimiento y la piedad verdaderamente conmovedores de todos ellos. Distinguidos católicos cuidaban del alojamiento, alimentación, distribución del agua y socorro á los enfermos, que eran muchos. A las enfermas asistían damas no menos distinguidas. Hubó diez curaciones consideradas como milagrosas, entre ellas de un sordo-mudo y de un parálítico, cuya camilla fué colocada en la gruta y llevada triunfalmente detrás del impedido, entre un grupo numeroso que se dirigió á la iglesia á dar gracias por los beneficios recibidos.

¿Cuántos de los que prestan fe á los adivinos de París se sonreirán desdeñosamente al oír estas noticias tan dulces y consoladoras! ¡Infelices! Tienen ojos y no ven, oídos y no oyen.

Las noticias del cólera al cerrar esta Crónica, son más tranquilizadoras que en los días anteriores. En Nápoles decrece visiblemente la invasión, y en Francia está casi extinguida.

¿Qué grande es la misericordia de Dios, y qué poco hacen los hombres para merecerla!

M. RIERA.

LOS INSOMNIOS DE ROQUE



UANDO esta mañana entró Roque en mi cuarto para ayudarme á vestir, advertí en su rostro, en su actitud y en su voz quejumbrosa algo que indicaba claramente un estado anormal de sus funciones físicas.

— ¿Qué tienes? — le pregunté algún tanto alarmado.

— Nada, señor — me contestó, — he pasado mala noche y me siento algo fatigado; pero no será nada.

— Tal vez harías anoche algún excesillo en la cena... Ya sabes que te tengo recomendada la sobriedad, especialmente en las comidas que se hacen después de la puesta del sol.

— No, señor; desde que se habla del cólera no tomo por las noches alimento ni bebida que pueda hacer daño.

— Eso debe hacerse siempre, aunque no se hable del cólera... En resumen: ¿qué es lo que sientes?

— No puedo explicarlo, señor. No me duele nada, no tengo ningún padecimiento, hago las digestiones sin dificultad, tengo despejada la cabeza, el trabajo no me mata, como sabe usted muy bien... pero lo cierto es que desde hace tres ó cuatro noches me acuesto y no puedo conciliar el sueño.

— ¿Has tenido por ventura algún disgusto?... Si no te tuviera por hombre honrado y buen cristiano, te haría otra pregunta.

— Hágalas usted, señor. ¿Quién sabe si es uno bastante buen cristiano y bastante hombre honrado para merecer este nombre?

— Pues te preguntaría si sientes algún cosquilleo en la conciencia.

— ¡Tiene el señor una manera de preguntar!...

— Y tú tienes una manera de contestar á mi pregunta, que... la verdad... no me tranquiliza...

— Pues bien, sí señor; lo cierto es que, estando á Dios gracias sano y bueno, no puedo dormir, y no puedo dormir porque... hay algo que me quita el sueño.

— Has dicho una solemne perogrullada: no puedes dormir porque no tienes sueño, y no tienes sueño porque no puedes dormir.

— Yo lo entiendo de otro modo: no puedo dormir porque no tengo sueño, y no tengo sueño porque... alguien me lo ha quitado.

— ¿Quién te quita el sueño, desventurado?

— Eso es lo que quisiera saber á punto fijo, pero no lo sé, aunque lo presumo.

— Ea, déjate de logogrifos y habla con claridad, si es que te entiendes á tí mismo.

— Voy á tratar de explicarme, señor; pero antes permítame usted que le consulte una duda... de conciencia.

— Habla pronto.

— ¿Se puede ser cristiano y creer en los apóstoles?

— La pregunta, en fuerza de ser sandia, es original y estupenda en boca de un católico.

— Acepto la reprensión, señor; pero, sin faltarle al respeto, diré lo que usted me dijo antes: ¡tiene el señor una manera de contestar!...

— La que merece tu pregunta... Pero la contestaré más categóricamente: no se puede ser cristiano sin creer todo aquello que cree, tiene y confiesa la Santa Madre Iglesia.

— Eso no resuelve mi dificultad.

— Mira, Roque, ó estás loco á causa de tus insomnios, ó quieres burlarte de mí; pero ya sabes que no consiento chanzas de cierto género.

— ¡Por Dios, señor! Que, ó yo no me explico, ó usted no me entiende. Le ruego por mi propia tranquilidad que me conteste á lo que le pregunto sin incomodarse y sin rodeos: ¿puede uno ser cristiano creyendo en los apóstoles? Dígame usted *si ó no*, como Cristo nos enseña.

— Sí, hombre, sí; pero te repito que la sola duda en esa materia te coloca en las condiciones de un salvaje sin noción alguna del dogma católico.

— ¡Ay qué peso me ha quitado usted de encima!

— O acabas de decir otra desvergüenza, Roque, ó (lo que me va pareciendo más probable) está tu juicio trastornado... ¿Qué quiere decir eso de que te he quitado un peso de encima cuando te comparo á un hombre sin fe y sin creencias religiosas?

— No me entiende usted, señor; el peso que se me ha quitado de encima es el de una duda que me abrumaba la conciencia...

— Cada vez te embrollas más y más me confundes.

— Veamos si acierto á explicarme.

— Dios me dé paciencia para oírte.

— Ante todo, digo, repito y protesto que soy cristiano viejo.

— Lo de viejo ya lo sabía yo hace tiempo; pero, de todos modos, me agrada oírte decir que eres cristiano... Adelante.

— Soy católico, apostólico, romano, y por consiguiente, tengo fe y creencias, aunque usted lo haya puesto en duda.

— Tú has sido quien ha formulado esa duda con tus preguntas, que no quiero volver á calificar.

— Precisamente porque me tengo por buen cristiano me asaltó un escrúpulo de conciencia que he sometido al sano criterio de usted. Desvanecido ese escrúpulo, que me ha quitado el sueño, ya estoy tranquilo... Ya sé que no es pecado creer en ellos.

— ¿En quiénes?

— En los apóstoles.

— ¡Cuándo digo, desdichado, que estás loco de remate!...

— ¿Otra vez volvemos á lo mismo, señor?

— ¿Otra vez vuelves á desatinar, imbécil?

— Vamos, señor; voy creyendo que, en efecto, estoy loco, ó yo no sé qué me pasa... Bien, me conformo á creer en ellos, pero sólo á regañadientes y por darle á usted gusto...

— ¿Lo ves, infeliz? ¿Ves cómo estás demente ó dejado de la mano de Dios?

— Pero, amo mío, ¿tan grave pecado es dudar?...

— No sigas hablándome así, ó no respondo de mi prudencia.

— Pues en todo caso no seré yo sólo el que haya dudado... y esto puede servirme de disculpa.

— ¡Si me querrás convencer de que hay un sólo católico que no crea en los Apóstoles!

— Muchísimos... Yo conozco más de una docena. ¿Tiene usted por buen cristiano á D. Zacarías, su pariente?

— ¿Qué duda tiene?

— ¿Y al médico de casa D. Lucas? ¿Y á doña Irene, que es una santa? ¿Y á D. Onofre, el capellán de las monjas? ¿Y á Don...?

— Pero ¿dónde vas á parar con esa retahíla?

— Voy á parar á que ninguna de esas personas tan cristianas cree en los apóstoles.

— ¡Ave María Purísima!

— Pero, señor, si yo mismo lo he oído de su boca; si no hace cuatro días el mismo D. Onofre me decía...

— ¿Quieres callar, desdichado?

— Me decía que creer en eso y creer en brujas y aparecidos era una misma cosa.

— ¡Jesús! ¡Jesús!...

— Y la portera de esta casa, que antes les ponía en las nubes, también dice á todo el que lo quiere oír que no hay tales apóstoles; que ha ido ella misma á verlos y que ninguna persona de juicio puede creer en sus milagros...

— Estás en el último grado de la locura... te compadezco muy de veras, pobre Roque, y ya no te trataré sino como á un infeliz orate... ¿Con qué la portera ha visto á los Apóstoles?

— En carne y hueso.

— Ve con Dios; ve á tu cuarto, y te prohibo que me dirijas la palabra hasta que recobres el juicio que has perdido.

— Como usted quiera, señor; pero al menos, si esta noche no descanso, no lo atribuiré á los males de esos hombres... Aunque lo viera por mis propios ojos no podré creer en sus milagros.

— ¿De qué milagros hablas?

— De los que se cuentan de esos hombres en quienes usted cree por lo visto.

— ¿Pero qué hombres son esos?

— Yo no les conozco más que por la fama que tienen entre el vulgo... Usted que los defiende sabrá si son hombres ó son santos... ¿Por qué no va usted á que le curen la gota?

— Cada vez te entiendo menos... ¿Hablas de los Apóstoles, ó de Santos, ó de médicos, ó de curanderos?

— Todos son unos.

— Es decir, que los discípulos de Jesús...

— Señor, ¿qué tienen que ver los discípulos de Jesús con los apóstoles?... Yo hablo de los que llama hoy la gente los *apóstoles*, que curan todas las enfermedades con un poco de agua clara...

— Pero dí, pedazo de alcornoque, ¿por qué no te has explicado claro desde un principio, y no hubieras dado lugar á este embrollo?

— Si el señor no ha querido oírme.

— En resumen, que lo que á tí te quita el sueño es la duda de si un buen cristiano puede aceptar hechos sobrenaturales realizados por individuos que no pueden ser considerados como agentes ó intermediarios de la Divinidad.

— Eso, eso precisamente, señor.

— Pues te diré pura y simplemente que si tú crees en tales hechos maravillosos estás en pecado mortal.

— ¡Bien me lo figuraba yo! ¿De modo, señor, que no tienen esos hombres poder para quitarme el sueño?

— Por su propia voluntad no lo tienen. Otra cosa es si te dieran alguna droga ó te dijeren alguna palabra que pudieran influir en tu economía para privarte del sueño ó en tu espíritu para aterrorizarle.

— No señor, yo no les he visto ni hablado... pero le diré á usted: días pasados, oyendo hablar en la plaza de que los llamados apóstoles habían curado, sin más que un sorbo de agua magnetizada ó no sé qué por ellos, á una mujer que padecía desde hace veinte años una penosa enfermedad, no pude menos de burlarme de los que lo creían... Pues bien, otra mujer que me oyó se encaró conmigo y me dijo con malos modos: «¡Miren el vejatorio, que debía tener más juicio y se ríe de esos benditos hombres! Permita Dios le suceda lo que al gomoso de la otra semana!»

— ¿Y qué le sucedió al gomoso, si puede saberse?

— La misma pregunta hice á la mujer de quien voy hablando, y me contestó que un señorito descreído fué á ver á los apóstoles para consultarles sobre una fingida enfermedad; le administraron el agua consabida, con la cual recobraría la vista que él decía tener casi perdida por completo; tomó el agua y la derramó diciendo que no había querido sino mofarse de los divinos médicos, puesto que, á Dios gracias, conservaba su vista en perfecto estado. Al volverles la espalda riéndose de la broma, uno de los apóstoles le dijo: «Ya verá usted cómo necesita de nosotros para recobrar la vista.» El joven salió de la habitación, notó en los ojos cierto escorzo, y cuando llegó á la calle estaba completamente ciego. Entonces tuvo que recurrir llorando y suplicando á los apóstoles, quienes por caridad le devolvieron la vista.

— ¿Y tú has creído esas paparruchas?

— Yo, señor, confieso que me impresioné algo oyendo á aquella mujer que hablaba con gran convencimiento y era apoyada por otras personas, entre las cuales había una que dijo conocía personalmente al joven de la ceguera. Me retiré de allí diciendo: «Pues lo que es á mí esos señores apóstoles no me quitarán el sueño.» Y cuando me alejaba, oí que la misma mujer decía á gritos: «Eso es lo que usted no sabe.»

— Y tú, pobre hombre, te echaste á cavilar sobre esa especie de maldición, te acostaste pensando en ella, la diste cien vueltas en tu cabeza, y sucedió lo que no podía menos de suceder á un tonto de tu estofa: que no pudiste dormir y has acabado por atribuir esos insomnios á la influencia de los charlatanes.

— Sí señor, sí señor; eso es exactamente lo que me ha pasado.

— Vaya, pues déjate de sandeces, y en lugar de pensar en maleficios y hechicerías, piensa en lo que debe pensar todo buen cristiano cuando se acuesta: reza con fervor tus oraciones, y yo te aseguro que dormirás tranquilo.

— Así lo haré... Pero dígame usted, señor, ¿es posible que esos... hombres sean sólo unos embaucadores, y que haya gentes, no hablo del vulgo, sino de las clases ilustradas, que den fe á tales patrañas?

— Mira, Roque, el vulgo es mucho más numeroso de lo que tú te figuras; no le constituyen exclusivamente las personas de poca instrucción ó lo que llamamos clase baja, sino que forma en sus filas toda la falange de gente que discurre por cuenta ajena y

que se deja llevar de las impresiones del momento y del oropel de la novedad.

Aquí llegábamos de nuestro diálogo cuando llamaron á la puerta. Era el repartidor de *La Correspondencia de España*. Tomé maquinalmente el periódico, y recorriendo sus columnas tropecé con la noticia de que los modernos apóstoles habían sido entregados á los tribunales de justicia.

— Aquí tienes — le dije á Roque — en qué ha venido á parar toda esa farsa; no podía suceder otra cosa.

— Con permiso de usted — contestó mi sirviente después de enterarse del caso — me parece una injusticia.

— ¿Cómo así?

— Esos hombres no han cometido ningún delito.

— Con arreglo al Código tienes razón.

— Dígame usted, señor; si la autoridad los detiene y los somete á su jurisdicción, es por el ruido que han hecho, por la fama que han adquirido, por lo que se cuenta de sus prodigios; ¿no es verdad?

— Así debe ser.

— ¿Y quién les ha dado esa fama, y quién ha hecho ese ruido, y quién ha publicado esos prodigios?

— El vulgo.

— Es decir que, sin el vulgo, esos hombres no serían lo que son.

— Claro está.

— Pues en mis cortos alcances yo creo que á quien se debió encausar y castigar es á ese vulgo...

Me refí de la salida de Roque; pero me refí como recurso para eludir la contestación... porque la verdad es que no encontré ninguna que viniese á pelo.

BLAS.

LOS GRABADOS

MÁRGENES DEL NILO EN EL EGIPTO SUPERIOR

El Nilo es uno de los ríos más célebres del mundo, hasta el punto de que la exploración de sus fuentes ha constituido un gran problema geográfico, el más curioso tal vez de la historia. Ya en tiempo de Herodoto se afanaban por resolverlo los antiguos jefes ó sacerdotes de Egipto; Nerón envió dos decuriones á buscar las célebres fuentes, y nadie sabe el género de trabajos que se han hecho hasta que Speke primero y luego Stanley nos han descrito los grandes lagos de la Etiopía, donde se forma el Nilo. El interés que despertó siempre este problema proviene de la singularidad de las inundaciones del río, pues es sabido que desde Octubre á Noviembre sube tanto el nivel de sus aguas que, saliéndose de su cauce, inunda el fértil valle que lleva su nombre. Hoy ya sabemos el misterio: consiste en el gran caudal de las lluvias que durante seis meses caen sobre el trópico, en las montañas donde nace el Nilo. Desde los lagos Alberto y Victoria el río corre por entre pantanos, y luego comienza á descender, formando sus numerosas cascadas, hasta entrar en el antiguo Egipto, en Eiefantina y Meroe, donde regulariza su curso.

En este trayecto de las cascadas es donde se va á verificar la expedición inglesa de que tienen noticia nuestros lectores, y á él pertenece la vista que reproduce nuestro grabado.

LA HERMANA DE LA CARIDAD

Con motivo de la invasión cólera, las hijas de San Vicente de Paul han dado en Francia y en Italia ejemplos admirables, que honran el bendito hogar en que se han criado. Sólo la caridad cristiana es capaz de producir estos ángeles, que consagran su juventud y su vida entera á remediar los males de sus prójimos. En Marsella, en Tolón y en Nápoles han muerto muchas Hermanas, víctimas de su celo infatigable por el cuidado de los enfermos. Mártires de la caridad, el cielo habrá coronado sus trabajos.

LA ILUSTRACIÓN se complace en consagrarles su recuerdo, alabando en ellas la infinita caridad de Dios con los hombres.

¿Qué juicio merecen los Gobiernos que, como el actual de Francia, las arrojan fuera de los Hospitales? Verdaderos verdugos de los pueblos, inspirados en brutal y ciega tiranía, demuestran con su odio á estas santas mujeres que son agentes del infierno dedicados á labrar la ruina y perdición de los hombres.

Si la religión cristiana no fuera la salud eterna de todos los hombres, sería por lo menos la salud de los pobres.

GUERRA DE EGIPTO.—Cuartel general de los ingleses.—Una acción en las orillas del Nilo.

La guerra que los ingleses sostienen en Egipto despierta mucho interés en Europa, tanto por el misterio con que la Gran Bretaña oculta sus futuros proyectos sobre aquel país, como por la importancia geográfico-histórica de la tierra de las pirámides y de los Faraones. No es una guerra como las de Europa, ni como las de América; es una guerra singularísima por las condiciones topográficas del país, rodeada de desiertos y regiones inexploradas.

Nuestros lectores habrán leído que la expedición que ahora van á llevar á cabo los ingleses bajo la dirección de su primer general, el célebre Walsley, para librar á Gordon del bloqueo en que le tienen las insurrecciones del Sudán, es una expedición singularísima, que ha exigido de los ingleses pre-

parativos y provisionamientos después de llamar la atención. Setecientos barcos tripulados por doce hombres cada uno, servirán para remontar el Nilo; y como en esta parte superior el río de los cocodrilos tiene muchas cascadas, para salvarlas es preciso sacar los barcos á tierra y llevarlos á hombros hasta el otro lado superior de la cascada, operación pesada que supone á los expedicionarios molestias graves y continuos peligros.

Los insurrectos, como es consiguiente, saldrán á las cercanías del Nilo á impedir estas operaciones, y se trabarán muchos combates anfibios, que ofrecerán singulares peripecias, en que se cebará la curiosidad europea.

Nuestros grabados dan idea de las escenas de esta guerra, escenas que llenan las páginas de los periódicos ingleses.

¿Cuándo y cómo acabará esta guerra? No es fácil saberlo. Las cosas de Egipto participan del carácter de inmovilidad y duración de sus movimientos.

LA CELDA DE UN CONVENTO

No es la primera vez que LA ILUSTRACIÓN reproduce una escena de esta clase, tomándola de un cuadro moderno; si hoy publica otra semejante á la primera, es porque á la insistencia con que los impíos desacreditan á los frailes con la repetición de caricaturas inmundas, es preciso que opongamos nosotros la insistencia en repetir también las escenas de la realidad, justificadas por los monumentos y comprobadas por la historia.

La pintura es una de las bellas artes que más han cultivado las Órdenes religiosas, cubriendo con hermosos lienzos y tablas sus templos y sus claustros. El monasterio de Monte Casino conserva todavía uno de los mejores estudios de Italia.

UNIDAD DE LA ESPECIE HUMANA



Al tender la vista por el mundo, y al reparar en la muchedumbre innumerable de gentes, naciones y razas de hombres que lo pueblan, surge naturalmente en el ánimo el deseo de averiguar de dónde ha podido provenir tanta diversidad de razas, tipos y variedades. La especie humana, preguntase uno naturalmente, ¿es una ó múltiple? Las diferencias de forma, color, índole y costumbres que vemos entre los pueblos y naciones del globo, ¿son pasajeras y accidentales, ó permanentes y sustanciales? Y ya que no afectan á la naturaleza íntima del ser humano, ¿nos obligarán tal vez á admitir diversidad de origen para cada una de estas razas ó variedades? A estas preguntas, que cierto son de grave importancia, no hay persona, por escasos que sean sus conocimientos en la enseñanza de los libros sagrados, que ignore la respuesta que da la religión cristiana. Todos saben que, según la Biblia, el género humano empezó por Adán y Eva, criados directamente por Dios, de los cuales provino la procreación de todas las generaciones de hombres que se han sucedido en la tierra, conservando siempre sus constitutivos esenciales no menos en el alma que en el cuerpo, y sin que ninguna otra pareja ó individuo que no descendiese de ellos haya venido á turbar el curso regular de las generaciones. Esta es, en efecto, la doctrina que se colige evidentemente de la historia bíblica y de otras enseñanzas del cristianismo; doctrina fecundísima en consecuencias, como que de ella deriva inmediatamente la igualdad de los hombres ante Dios, su fraternidad natural como hijos de un mismo padre, y su nativa inalienable dignidad, como que están adornados de los mismos esenciales atributos, son capaces de iguales derechos y están destinados á un mismo fin. Mas contra tan bella enseñanza, base de la humana sociedad, y como si dijésemos *magna carta* de la civilización cristiana, se han levantado recientemente naturalistas noveleros, y políticos y estadistas sin entrañas, que, interpretando mal las diferencias de las razas humanas, han pretendido encontrar en ellas motivos ó pretextos para enseñar la superioridad natural y sustantiva de unas razas y la inferioridad y esclavitud de otras, á fin de legitimar los desafueros que contra ellas se cometían, y predicar su abolición y exterminio.

No es necesario acumular largos discursos ni muy sutiles razonamientos para demostrar lo absurdo de estas doctrinas y la verdad de lo que enseña la Iglesia; basta con escuchar la voz de la conciencia y el instinto de nuestro corazón. Sin embargo, como los dogmas de la fe y las persuasiones de nuestro espíritu están fundadas en algo que las saca verdaderas, vamos á escudriñar, aunque no sea más que ligeramente, la realidad de estos fundamentos á fin de quedar más y más convencidos de la legitimidad de nuestras creencias.

Es notoria y aun elemental, en el estudio de los seres organizados, la distinción entre la especie, la raza y la variedad. Una diferencia en el color, forma, tamaño, etc., que es general en muchos individuos, y que se conserva y reproduce por algún tiempo, pero que cesa después de algunas genera-

ciones, se llama *variedad*; la misma diferencia, si es perpetua y constante, se denomina *raza*; y si la reproducción y perseverancia se refiere, no ya á las cualidades accidentales, sino á las sustanciales é invariables que se reproducen constantemente con idéntica forma y caracteres, constituye lo que se llama propiamente la *especie*. De suerte que la distinción entre la raza, la variedad y la especie está en que mientras aquéllas pueden cesar y desaparecer por efecto de las causas físicas que influyen en la diferenciación de los organismos, la especie persevera constante, triunfando de todas las influencias ó causas perturbadoras. Así, la especie no es una fórmula vaga, indecisa, mera ficción de la mente, inventada para la clasificación ó mejor ordenamiento de las nociones científicas, sino que es una realidad fija é incontrastable que tiene su fundamento en la naturaleza íntima y objetiva de los mismos seres, y que constituye un como círculo ó campo cerrado, cuyos límites no es posible franquear.

Esta realidad y firmeza resulta de aquel conjunto de notas, distintivos ó caracteres de todo punto determinados, constantes é indelebiles, que afectan á una colección de individuos más ó menos semejantes entre sí por razón de dichas notas ó caracteres, pero capaces de ser considerados como descendientes de una sola pareja por la sucesión de familias, natural y nunca interrumpida. Por lo que toca al hombre, estos caracteres ó distintivos pueden ser *morfológicos*, esto es, referentes á la forma ó configuración exterior de su cuerpo; *fisiológicos*, es á saber, tocantes al modo de funcionar de dicho organismo y á las leyes que sigue en su reproducción y desarrollo; y *psicológicos*, que pertenecen á las facultades del espíritu que informa y anima nuestros cuerpos. Por consiguiente, si en las diversas ramas, naciones ó pueblos en que está dividida la humanidad vemos una forma de vida reproducida constantemente por la generación, dotada de idénticos caracteres y con las mismas tendencias é instintos, así físicos como morales, habremos de concluir que en la diversidad inmensa de tipos, gentes y naciones de que consta el linaje de los hombres no hay más que una sola especie, una sola esencial, sustantiva y común naturaleza. Ahora bien; ¿resulta así verdaderamente del examen de estos caracteres?

Principiando por los caracteres morfológicos, ó de forma ó apariencia exterior, es claro que una es y la misma, en todas las clases ó razas de los hombres, la organización del cuerpo en lo que toca á las partes ó miembros principales. Todos tienen el andar recto, fundado en la orgánica conformación del pie, y en la diferencia de las extremidades anteriores y posteriores. Todos llevan el rostro erguido y levantado; el cráneo es de igual configuración con idénticas dimensiones, igual capacidad y el mismo ángulo facial, salvas ligeras discrepancias individuales; igual es en todos el orden y estructura de los dientes, y en fin, todos y cada uno de los miembros son en cualquier individuo de la especie humana tan uniformes y parecidos que así como se asemejan extraordinariamente á los de cualquier otro individuo de la misma especie, así se apartan y desemejan de los de cualquiera otra aunque al parecer análoga ó afín.

Lo mismo hay que decir respecto de aquellos caracteres fisiológicos que son de más importancia para la determinación ó clasificación de las especies. Entre ellos figura en primer término la espontaneidad de los cruzamientos entre todas las familias, agrupaciones ó razas que proceden de un tronco común, y la fecundidad indefinida que resulta de dichos cruzamientos. Por lo que toca al linaje humano, es notorio y admitido por los naturalistas que no hay ni ha habido hasta ahora raza alguna que se haya resistido á mezclar su sangre con la de otra raza; antes es en ellas tan natural este instinto, impreso en su naturaleza por el autor de ella, para el fin de la propagación del género humano y la sociabilidad de su vida, que se ha sobrepuesto á los odios de raza y triunfado de las sugestiones del orgullo, y vencido las preocupaciones de la educación y del capricho. A esta facilidad de la procreación hay que añadir la fecundidad que ha acompañado siempre á dichos cruzamientos. Es en verdad señal característica de específica diversidad de naturaleza la esterilidad del cruzamiento, ó por lo menos una fecundidad tan limitada que desaparezca después de algunas generaciones. Mas esto que se observa siempre que se cruzan individuos de especie distinta nunca ha sucedido en las razas humanas, siendo sus alianzas indefinidamente fecundas, y reproduciendo siempre los caracteres esenciales y aun individuales del padre ó de la madre, y con la misma energía y vigor, á no impedirlo la insalubridad del clima, el desenfreno de las costumbres ú otras causas análogas perturbadoras. En fin, á estos fenómenos de la espontaneidad y fecundidad de la

generación pueden añadirse otros, como son el tiempo de la gestación, la pubertad, la dentición, la temperatura del cuerpo, la edad media de la vida y otras iguales con poca diferencia para todas las variedades del humano linaje, y prendas seguras y auténticas de su específica unidad.

Mas lo que demuestra más que todo la unidad de naturaleza de todos los hombres, son los caracteres psicológicos que los distinguen. Redúcense éstos á las facultades perceptivas y afectivas, á las cuales domina la razón que tiene por instrumento ó expresión particular el habla ó la palabra. Estas facultades podrán hallarse oscurecidas ó depravadas en algunos individuos, y aun en alguna raza ó clase de hombres; pero en ninguno faltan, y las facultades análogas que vemos en los brutos animales se diferencian tanto de lo que observamos en el hombre más degradado, que entre uno y otro no es posible la comparación. Así no hay individuo de la humana especie que no conozca la relación de medio y fin que hay en las cosas, relación de todo punto desconocida á los brutos animales; ninguno deja de formar ideas generales sobre lo que ve y percibe, ni de sentir excitada su curiosidad por lo que se le ofrece á los sentidos á fin de adelantarse y ganar en ciencia y conocimientos de las cosas. De donde resulta que mientras el animal pasa con estúpida indiferencia por delante de los objetos, y si se adelanta á abrazarlos lo hace movido por una fuerza ora interior ó exterior que le mueve, no por libre determinación de la mente, el hombre, por más degradado que esté, sabe servirse de los objetos al fin que el mismo se propone y perfija; tiene en sí la fuente y el origen y el impulso de su propia perfección; es, en fin, no esclavo, sino señor de las cosas. Y esto proviene de que á todas las facultades que tiene de común con el resto de los animales añade la inteligencia ó la razón, facultad de todo punto espiritual que tiene por órgano la palabra, la cual, así como se halla en todos los individuos de la especie humana, así dista inmensamente de los modos de expresión de que se sirven los seres que no participan de la inteligencia. En vano se han empeñado los sostenedores de la diferencia específica de las razas humanas en rebajar algunas de ellas haciéndolas iguales á las bestias del campo. Contra tan inhumana pretensión han protestado las cualidades morales é intelectuales de aquellas razas abatidas apenas se les ha ofrecido ocasión de mostrar lo que podían dar de sí, produciendo individuos que se han levantado al nivel de las otras y aun han rivalizado con ellas en dotes de inteligencia, prueba evidéntisima de que el abatimiento y la ignorancia no eran sustancial á la raza, sino debidas á causas accidentales que fácilmente se podían remover ó neutralizar.

Los argumentos que en brevísimo resumen acabamos de indicar llevan inevitablemente á la conclusión de la unidad de nuestra especie. Sería fácil acumular textos y autoridades de hombres doctísimos que después de largos estudios se han resuelto decididamente para esta doctrina. Buffón, Hunter, Camper, Blumembach, Forster, Cuvier, Weber, Tiedemann, Prichard, Humboldt, Müller, Flourens, Serres, y en general los hombres más autorizados en la ciencia, han defendido esta doctrina, siendo verdaderamente notable, como observa Godrón, después de citar las opiniones y palabras de estos naturalistas esclarecidos, que en una cuestión científica y tan calurosamente debatida se pronuncie abiertamente por la unidad de la especie ó naturaleza humana una colección de hombres tan ilustres y tan especiales por la calidad de sus estudios.

Mas no han faltado quienes, aun concediendo que todos los hombres gozan de igual específica naturaleza, pretendieron no haber descendido todos de un solo padre, sino de varios que dieron lugar á muchos centros de creación, pretensión ó doctrina bastante extraña y singular, mayormente en aquellos que, como Agassiz, han roto tan buenas lanzas en las contiendas con los darwinistas. Prescindiendo del hecho ó argumento de la tradición y sentir universal de los pueblos, que en esta materia es de grande fuerza y autoridad, vemos que las razones con que estos autores apoyan sus afirmaciones tienen no poco de vago y caprichoso, y que así pudieran servir para demostrar la multiplicidad de las especies como la del origen de nuestra naturaleza. Estriban casi todas en la dificultad de concebir cómo en el espacio de tiempo concebido generalmente á la vida del hombre en la tierra haya podido éste, partiendo de un solo tipo, llegar á la variadísima diferencia de razas que existen hoy día, formado tantas lenguas como se hablan y estableciéndose en tantos puntos de la tierra en que hoy vive. No hay duda que esta variedad es enorme y que, mirada en globo y en general, no es fácil de pronto hallar su explicación á la luz de las leyes que sigue hoy la diferenciación de tipos y lenguas en nuestra especie; mas si le miramos en



LA HERMANA DE LA CARIDAD.

particular y más de cerca, tal vez no será tan difícil salir al encuentro de todas las dificultades.

Porque, en primer lugar, cualquiera que sea el carácter, distintivo ó peculiaridad del organismo que estudiemos, si nos fijamos, no en los individuos en que está más señaladamente impreso, sino en todos los de la serie que más ó menos participan de dicho carácter, observaremos tales grados y matices que no será posible fijar dónde empieza y dónde acaba la manifestación de aquel carácter, viéndonos obligados á confesar que la naturaleza humana, por lo que toca á los distintivos, formas ó variedades, ofrece verdadera continuidad, en la cual se pasa insensiblemente de una diferencia á otra, sin que sea posible hacerla propia característica é inadmisiblemente de ninguna de las razas que pueblan el Universo. De lo cual se colige que así como en individuos de una misma raza pueden encontrarse todas las diferencias posibles de un carácter ó distintivo, por ejemplo, del color de la piel, forma del cráneo, figura del semblante, etc., así no hay ninguno de estos caracteres del cual no pueda la misma raza participar con el tiempo en grado mayor ó menor, según sean las influencias á que esté sometida, prueba ó argumento segurísimo de que no son estas modificaciones sustanciales ni indelebles, y que por consiguiente, pudieran muy bien resultar de un solo tipo que se ha ido modificando con el tiempo y según la diversidad de influencias á que ha estado sometido.

En verdad, ¿quién es capaz de fijar los límites á que puede extenderse la eficacia de las causas que influyen en la modificación de los organismos? ¿Quién podrá señalar el grado de influencia á que pueden llegar las condiciones climáticas, el género de alimento de la raza humana, la naturaleza de sus relaciones morales y sociales, y sobre todo el uso de su libertad, tan vario, tan independiente? Si hoy, cuando el globo que habitamos ha adquirido ya una cierta estabilidad en su temperatura, en sus cambios periódicos, en sus productos, en la fauna y en la flora que cubren y hermocean su superficie, y cuando esta firmeza y estabilidad se ha reflejado é impreso su huella en los distintivos de las razas humanas, todavía vemos realizarse modificaciones tan notables como las que distinguen al español del americano, al inglés del yankee, al alemán del germano descrito por Tácito y al francés del galo de Amiano Marcelino, ¿cuánto mayores no hubieron de ser las variaciones en el período antehistórico en que, virgen aún el mundo, hubo de experimentar los cambios de la juventud y pasar por tanta variedad de climas, humedad, temperatura y demás vicisitudes que nos descubren los estudios de la Geología?

Pues lo que se dice de la variación de la fisono-

mía y del organismo humano puede también aplicarse á la variación ó formación de las lenguas; y por lo que toca á la posibilidad de que en el espacio que se concede generalmente á la existencia del hombre haya recorrido éste todos los climas y partes del mundo, cuán grande y anchuroso es, y se haya asentado en ellos, y en ellos haya crecido y multiplicándose, ninguna dificultad puede ofrecerse al que considere el instinto natural de curiosidad

máticas, ni las destruyen ó debilitan, tiene el apolo-gista de la Religión cuanto necesita para poner en salvo la verdad de sus creencias; mas no queremos dejar este punto sin indicar que los progresos de las ciencias naturales, no sólo no contradicen lo que nos enseña la Biblia acerca de la unidad del centro de creación de la especie humana, sino que la confirman como posible y aun probable, atendidas las leyes que sigue la evolución ó desarrollo de los

organismos vivientes en el plan general del Universo. Porque una de estas leyes, y de las más principales y auténticas por la observación, es que, según va siendo mayor la perfección de estos organismos, es menor el área de su acantonamiento ó distribución geográfica primitiva. Este hecho ó ley, que se observa así en el reino animal como en el vegetal, tiene su razón fisiológica en que, como la mayor perfección del organismo depende de la multiplicidad de los aparatos en que se desarrolla la vida, es claro que cuanto más en número sean estos aparatos más son y más especiales y complicadas las operaciones que han de llevar á cabo, y por consiguiente más especiales y restringidas las condiciones de armonía entre el ser vivo y el medio en que se desenvuelve su existencia, lo cual no puede obtenerse sino con la reducción ó estrechamiento del área de su distribución ó acantonamiento. Pues á esta ley no debe sustraerse el hombre, como no se sustrae á otras muchas, obedeciendo en esto á la unidad y armonía que preside al Universo.

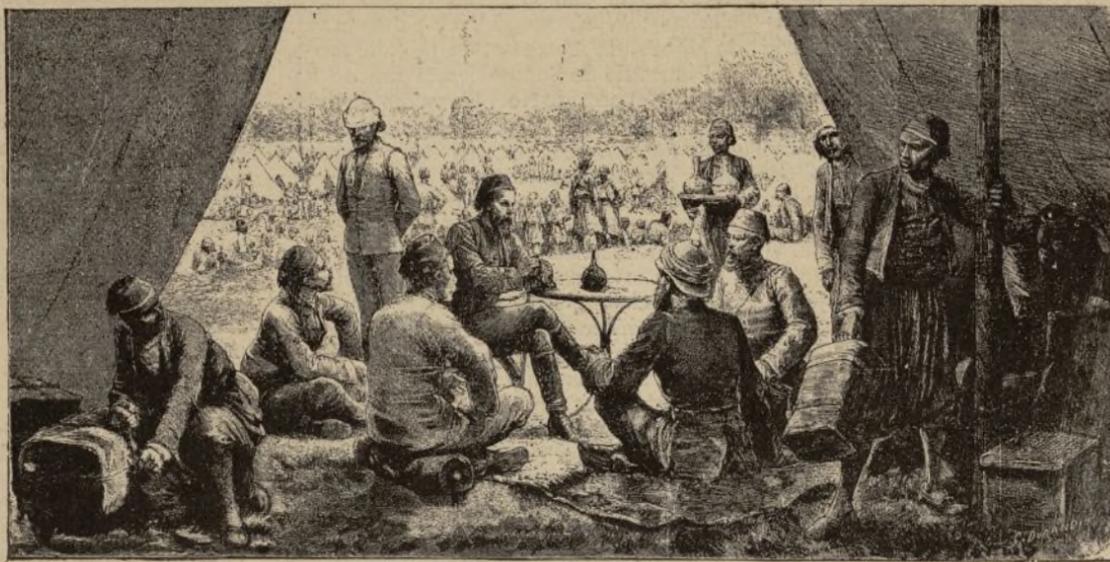
Así, pues, siendo el organismo humano el más perfecto de cuantos la mano creadora fabricó y puso en este mundo, su área ó acantonamiento primitivo hubo de ser limitado y circunscrito por extremo; y hé aquí cómo, al decir de un ilustre naturalista¹, las leyes de la geografía zoológica conducen á ver con certeza en la especie humana el rasgo característico de un centro único de aparición, y que este centro ha debido de ser sumamente limitado y circunscrito.

Dónde estuvo este centro ó área de creación tampoco dejan de indicarlo las mismas ciencias naturales; pues habiéndose observado que en la gran meseta

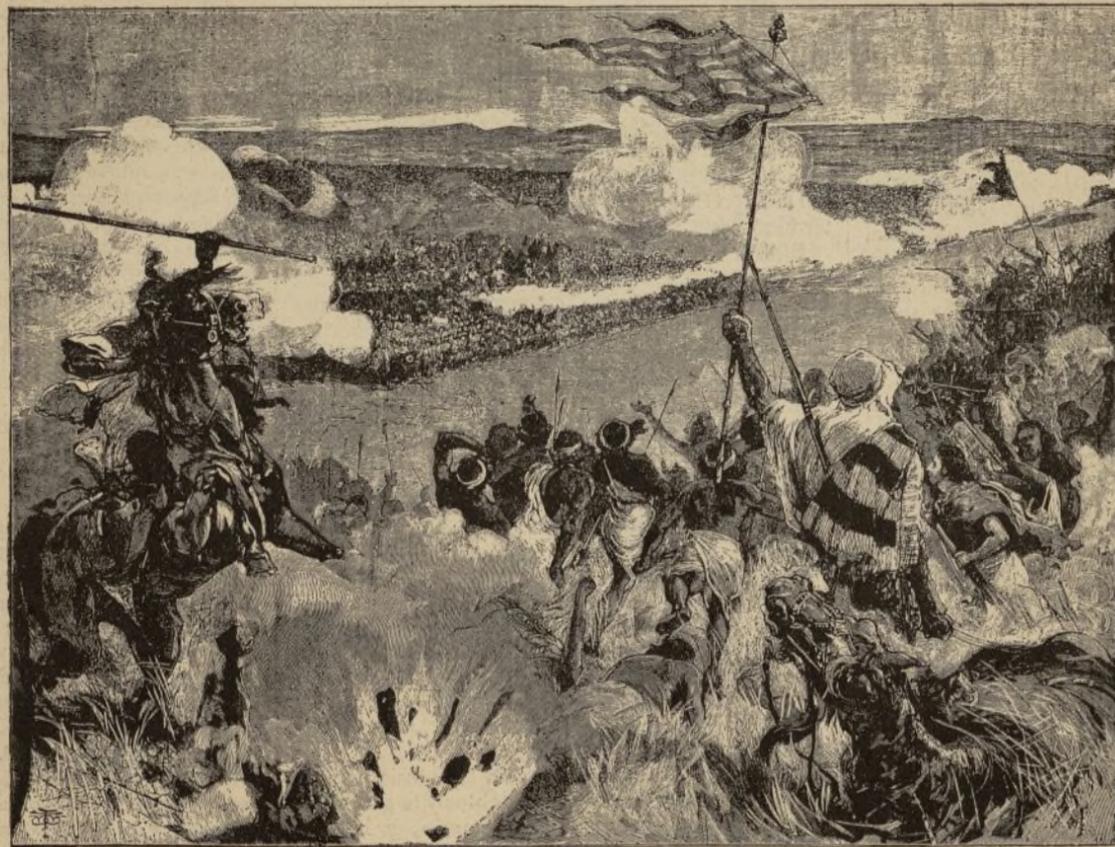
central de Asia se reúnen, á vueltas de muchas variedades, los tres tipos fundamentales de las razas humanas, como son: el blanco, el negro y el amarillo, ni más ni menos que las tres formas fundamentales del lenguaje, naturalistas eminentes han venido á concluir que en esta meseta ó sus alrededores hubo de ser la cuna del linaje humano; conclusión que no dista mucho en verdad de lo que nos dice la Biblia sobre el particular, allí donde enseña que,



GUERRA DE EGIPTO.



CUARTEL GENERAL DE LOS INGLESES.



UNA ACCIÓN EN LAS ORILLAS DEL NILO.

que agita al hombre, su constitución especial para adaptarse á todas las temperaturas é influencias, su espíritu aventurero y audaz con que supera todos los obstáculos y vence cuantas dificultades pueden oponerse á sus más temerarias empresas.

Estas consideraciones debieran bastar para hacer ver á cualquiera el poco fundamento de las objeciones que pueden hacerse contra lo que nos dice la Sagrada Escritura sobre el origen de nuestra especie. Aquí en verdad debiera terminar esta discusión, pues con demostrar que los resultados ó adelantos de la ciencia no son contrarios á las verdades dog-

¹ Quatrefages, *L'espèce humaine*, cap. XV, n. 7, p. 130.

después del diluvio, Noé con su familia se encontraron entre Armenia y el campo de Samaar, donde vivieron juntos hasta que la confusión de las lenguas les dispersó por toda la tierra. De esta manera las ciencias naturales han venido á confirmar lo que ya sabíamos por la relación de las Sagradas Escrituras, y á demostrar una vez más que entre la ciencia y la fe no sólo no hay disonancia ó discordancia, sino que, ambas á dos, á maravilla concuerdan y se armonizan.

x.

EL CAMPO SANTO DE PISA

UNA de las muchas pruebas del respeto y consideración con que nuestra santa Madre la Iglesia católica mira los cadáveres de sus hijos, son los cementerios por ella consagrados con especiales oraciones; muy singular es de entre éstos el llamado Campo Santo en Pisa. Hé aquí algunas particularidades de él, sacadas en su mayor parte de una antigua crónica de Pisa.

Al volver de Siria los pisanos en 1192, cargaron varias de sus naves con tierra de los Santos Lugares; empleada esta tierra en el cementerio formado junto á la catedral con tan grande magnificencia, recibió el nombre de Campo Santo. En el año 1200 dió principio á ese edificio de singular belleza el arzobispo de Pisa, Ubaldo Lanfranchi. Dícese que su longitud, latitud y altura corresponden á las dimensiones del Arca de Noé. Entrando por la puerta real y volviendo á mano derecha, se ven pintados varios santos ermitaños por Pedro Laureati de Sena, que figuró hacia 1336. El Infierno, por Bernardo de Cione Orgagna, que figuró hacia 1400. Sigue luego el Juicio universal pintado por Andrés Orgagna, hermano mayor del dicho Bernardo; en la representación de dicho Juicio puso á capricho figuras especiales: se ven á una parte los Campos Eliseos, y en ellos muchos señores entregados á los placeres mundanos, distinguiéndose entre ellos el retrato de Castruccio, señor de Luca, joven de hermoso aspecto y con un halcón en su mano; los que le rodean representan señores contemporáneos suyos. En la misma obra está figurada sobre un alto monte la vida de aquellos que, arrepentidos de sus pecados y deseosos de salvar su alma, han abandonado el mundo: se ven muchos ermitaños, entregados unos á la contemplación y otros á la vida activa. Por lo bajo se ve á San Macario, que para dar á conocer las miserias de la vida humana á tres reyes que en sus caballos van á caza, les señala con el dedo otros tres reyes muertos, que yacen en sus sepulcros despidiendo pestilencial hedor; Ugucion de Fagivola, representado en uno de los vivos á caballo, se tapa las narices para no percibir el hedor de los muertos. En el medio de esta obra está el Triunfo de la muerte. Va ella volando por los aires, vestida de negro y con su guadaña en mano mostrando que con ella ha quitado la vida á muchos, que yacen por el suelo, de todo estado y condición: jóvenes y viejos, hombres y mujeres de toda edad; junto á sus cuerpos se ven algunos diablos que les sacan sus almas por la boca y las llevan á ciertas hendeduras, que arrojan fuego, sobre la punta de un monte altísimo; también por otra parte se ven ángeles que, volando, conducen á otras al Paraíso. En la obra del Juicio se ve también á Jesucristo rodeado de los doce Apóstoles sobre las nubes, y debajo, por una parte, á los condenados, cruelmente atormentados

1 El Triunfo de la muerte, ó como lo llaman otros, la Danza de la muerte, es una representación de la que hay numerosos ejemplos en la Edad Media, en Lucerna, en Berna, en París, en el llamado cementerio de los Inocentes. Un ciudadano llamado Jenkin Carpenter, dió fondos para que en el cementerio de la antigua catedral de San Pablo en Londres se pintase la Danza de la muerte. En doble fila llevaba ella delante de sí al papa, emperador, cardenal, rey, patriarca, condestable, arzobispo, barón, princesa, obispo, escudero, abad, abadesa, alguacil, astrónomo, labrador, canónigo, mercader, cartujo, abogado, monje, usurero, médico, dama, magistrado, párroco, jurado, campesino, niño, paje y ermitaño. Dió, según algunos, motivo á estas representaciones la gran peste de 1348, que tanto terror infundió en los espíritus. En Pisa acabó ella con el 70 por 100 de sus habitantes; en Sena, desde que principió en Mayo hasta fin de Agosto, en que terminó, con 80.000. No fueron menores sus estragos en nuestra España. « Desplazábase los reinos, dice un historiador, y huyendo los hombres de los hombres, se iban cubiertos de horror á morir entre las fieras. Acabó el culto divino en las iglesias porque faltaban ministros para los altares... En el real monasterio de Poblet murieron heridos de la pestilencia, con el abad D. Ponç Campans, cincuenta y nueve monjes y treinta donados. El real convento de San Francisco en Zaragoza quedó, á causa de la misma pestilencia, desierto por once años sin morador alguno. » La misma peste sugirió á Boccaccio su célebre obra *Decamerón*.

por los demonios y conducidos al infierno, y por otra á los justos, que llenos de júbilo y conducidos por ángeles á cuyo frente está San Miguel, van á la patria celestial.

Buonamico Buffalmaco trabajó en dos sitios del Campo Santo; pintó la Pasión de Cristo con gran número de figuras á pie y á caballo, en varias y bellas actitudes, la historia de la Resurrección y la aparición de los Apóstoles. Fué este Buonamico, no sólo excelente pintor, sino también muy buen hablista. Murió en 1340 en Florencia, en el hospital de Santa María Nueva, y de él se escribieron estos dos versos:

Ut *Manimus* nemo melius formasse figuras,
Sic poterat nemo vel meliora loqui.

Bonozzo Florentino, que murió en Pisa en 1478, fué sepultado en el Campo Santo; hizo en él obras bellísimas: la historia del rey Salomón, de David, de Moisés, de Abrahám, de José, de Jacob, de Esaú; el incendio de Sodoma, la Torre de Babel, el diluvio y el arca de Noé. En medio de todas estas historias de Bonozzo, sobre la puerta de la capilla llamada de la Barbaretta, hay una pintura de la Santísima Virgen coronada por Jesucristo con muchos ángeles alrededor, obra de Tadeo Bartoli, de Sena, que figuró por 1407. Siguen otras obras del sobredicho Buffalmaco, y son Dios Padre que gobierna toda la máquina del universo, las distintas jerarquías, los cielos, los ángeles, el Zodíaco, todas las cosas superiores, los elementos, y en los dos ángulos de abajo un San Agustín y un Santo Tomás de Aquino. La inmediata historia de Judit y Holofernes, es obra del caballero Guidotti de Luca. La de Ester, Asuero, Amán y Mardoqueo, de Agustín de Massa, terminada por Bacio Lomi. La del pacientísimo Job por Tadeo Gaddi, que figuró por 1350. La historia de los santos mártires Eféso y Potito, con la indicación de la translación de sus cuerpos de Cerdeña á Pisa, es obra de Espinello de Luca, que figuró del 1380 al 1400. Siguen las pinturas de la vida y milagros de San Raniero de Pisa; las superiores son obra de Simón Memmi de Sena, que figuró por 1345, y las inferiores de Antonio de Venecia en 1380. Obra es también del sobredicho Memmi la Asunción que está sobre la puerta real.

Pavimento, paredes, puertas y ventanas todo está cubierto de bellos y preciosos mármoles; en el pavimento hay seiscientos treinta sepulcros de blancos mármoles; otros varios sepulcros están formados de mármoles historiados llevados de varias partes del mundo. Las sesenta ventanas de este grandioso edificio, magníficamente adornadas, fueron cerradas con vidrios de figuras bellísimas, los techos cubiertos de plomo. Habiéndose principiado la obra del Campo Santo en 1200, como se ha dicho, no se terminó hasta 1464.

Bien se ve por todas estas noticias lo mucho que la Religión, auxiliada por las artes, embelleció esta morada de los difuntos y honró al mismo tiempo la dignidad humana; en los tiempos presentes, por nuestra desgracia, es tanto lo que ha progresado el más grosero materialismo que hasta respecto de los cementerios se trata de prescindir por completo de la Religión; al mismo tiempo que nos oponemos al materialismo imploremos el divino auxilio contra tan funesta invasión.

IGNACIO HERRERA.

Escuelas Pías de Peralta de la Sal.

LAS BODAS DE ORO

DE LA SOCIEDAD DE SAN VICENTE DE PAUL
EN LA HABANA

(Continuación.)

B IEN que entonces tenía la Iglesia para su apoyo la fe de los pueblos y la gran fuerza de su noble predominio, y la verdad se abrió paso y su gran fuerza

1 Entre las pinturas de Bonozzo se escribieron los siguientes versos:

Qui spectas volucres, pisces et monstra ferarum
Et virides silvas, ceterasque domos
Et pueros, juvenes, matres, canosque parentes,
Quis semper vivum spirat in ori decus?
Non sua tam variis pinxit simulacra figuras
Natura ingenio foetibus apta suo.
Est opus Artificis pinxit viva ora Bonoxus
O superi fundite in ora sonos.

2 Santo Tomás de Aquino fué lector en el convento de Santa Catalina de Pisa, predicó un Adviento ó Cuaresma en la catedral, y dicen que su verdadero retrato se pintó en el Campo Santo. En 1235 murió en el mismo convento fray Felipe de Calci, llamado por todos el Santo, por su vida inocentísima, fué muy docto en la Sagrada Escritura, y de tan grande memoria que toda la Biblia sabía de memoria, y por eso le llamaban muchos Fr. Felipe Biblia.

3 Nació en 1128 de la noble familia de los Scacieri, y fué su tránsito al Paraíso en 17 de Junio de 1161. En vida y en muerte obró gran multitud de milagros.

moral obligó al enemigo á replegarse. Cayeron, es verdad, algunas de aquellas poderosas instituciones; pero surgieron otras á cual más vigorosas y lozanas, y la Iglesia, en las edades antigua, media y moderna, restringió el Pauperismo y alivió y educó al hijo del pueblo en la sobriedad y paciencia, no menos que en las artes, hasta tanto que por los crímenes del mundo plugo al Señor soltar las cadenas que cohibían los furiosos ímpetus del poder de las tinieblas. Llegó la hora fatal del desbordamiento de las sectas ocultas contra la Iglesia de Dios. Hora que el Señor permitió sin duda que llegase para hacer ver al mundo que con humanos medios y sin ellos, con esperanza y contra toda esperanza, la obra de Dios siempre subsiste.

Llegó, sí, la fatal época, á fines del pasado siglo, en que el más empujado huracán rugió sobre la Iglesia de Cristo, destruyó sus altares, inmoló sus ministros, humilló sus vírgenes y convirtió en ruinas no menos los asilos de la virtud que los albergues de la desgracia, que derramó como agua los cuantiosos intereses de la caridad, y acariciando las pasiones populares con el aliciente de esos mismos bienes, enriqueció á algunos, muy pocos, de sus adeptos, dejando al verdadero pueblo, al pueblo pobre, sumergido en la miseria, desposeído de su preciada fe, y sin faro de esperanza á do volver sus ojos en medio de su espantoso naufragio. De las manos muertas pasaron esos tesoros á manos vivas, y tan vivas que en ellas al momento se han evaporado.

Con tan rudo golpe el Pauperismo toma gigantescas proporciones. Era preciso satisfacer sus necesidades ó prepararse á resistir á pie firme el empuje de su desesperación. La sociedad se vió precisada á sustituir la caridad espontánea con la beneficencia oficial, con esa beneficencia calculada, costosa para el mismo pueblo, de donde salen sus gastos, no menos que por el número de empleados que sostiene, y que ejecutan sus actos *de oficio*; es decir, sin afecto y tal vez bajo la sola inspiración de su capricho. ¿Sustitución á todas luces imposible!

Y á la verdad, ¿con qué se sustituye la limosna piadosa y discreta de la caridad? ¿Con la asignación oficial? Esta, en vez de resolver la parte que le corresponde del problema, lo complica. Porque, ó fomenta la vagancia si la distribución es igual entre el pobre vicioso y el honrado, ó impone á aquel un trabajo forzoso sin inspirarle su amor, lo cual envilece al hombre sin remediarlo. A más de que, para que el pobre reciba sus socorros ú obtenga su forzado trabajo, se le obliga á veces á desmembrar y aun á disolver su familia, diseminados sus miembros quién en un hospital, quién en un hospicio ó en un taller.

Mas yo pregunto: ¿tiene la sociedad tales atribuciones sobre el pobre? Fácilmente se las concedemos sobre el vicioso y vagabundo para represión de sus vicios y edificación de la sociedad. Pero obligar al pobre honrado á desmembrar ó deshacer su familia por el solo delito de su pobreza, créolo un crimen de lesa libertad humana y del derecho á la familia con que Dios, autor de la sociedad doméstica, ha dotado al hombre. Derecho inalienable para el mismo individuo, y del que sólo podría prescindir en el único caso de que sólo así pudiese conservar su vida y la de su propia familia. Y el ponerle en este trance sin razón, ¿no constituye un verdadero crimen?

Y este injurioso atentado no sólo alcanza al pobre y su familia, sino que se extiende á toda la sociedad, vulnerándola en su mismo corazón, en sus derechos religiosos. Porque coarta la libertad individual del bienhechor, impidiéndole el ejercicio espontáneo de la reina de las virtudes, recomendado é impuesto por Jesucristo á los seguidores de su doctrina ó forzándole á refundirla, desvirtuándola, en la beneficencia oficial.

Y aun cuando este sistema no adoleciera de tantos y tan graves defectos, ¿acaso la necesidad del pobre se acalla con un mendrugo y una blusa? ¿Nada padece en el pobre sino el estómago ó la epidermis? ¿Y el corazón? ¿No tiene el pobre corazón? ¿y cuál es la limosna del corazón? ¿No es el cariño, la compasión, la piedad? ¿No es llorar con los que lloran? ¿Se hace esto *de oficio*? ¿Y el alma? ¿Y el espíritu? ¿No tiene necesidades el espíritu del pobre? ¿Tiene el pobre la paciencia en el bolsillo? ¿No siente, por el contrario, excitada su irritabilidad con la vista del lujo y los placeres en que vive engolfado el rico, y con el desprecio con que le trata todo aquel que carece de corazón cristiano? ¿No necesita esto de limosna? Y ¿cuál es la limosna que satisface á la necesidad del espíritu? ¿No es la doctrina de la paciencia, de la sobriedad y de la esperanza? ¿No es el consejo de la prudencia? ¿Si también esto se podrá cumplir *de oficio*?

Bien es verdad que esta *benefica tiranía* no pudo adquirir derecho de ciudadanía en los países católicos, ni en cuanto á la prohibición de la limosna

privada, ni cuanto al asilo forzoso del pobre honrado, á pesar de las repetidas tentativas de nuestros modernos filántropos. Creáronse, por tanto, en estos países asociaciones de pura beneficencia á domicilio. ¡Ay! A domicilio va el pan, pero no el corazón compasivo, ni el consejo cristiano.

Pero hé ahí que un sabio de la revolución francesa encontró la panacea universal. El pueblo está sumido en la ignorancia, exclama: instruyamos al pueblo, y se acabó la pobreza.

En efecto, mis amados; la instrucción es una de las mas imperiosas necesidades del pueblo. Necesítase remover su impotencia moral, proporcionando al pobre habilidad para el trabajo. Pero la habilidad no da afición ni amor estable al trabajo. Llegará el proletario á poseer un arte, un oficio. Sabrá leer, escribir, dibujar, lo que queráis. Alguno de buena índole ó bien influido saldrá excelente oficial; pero si en esa enseñanza se prescinde de la base religiosa, saldrá perverso, vicioso, materia dispuesta para la revolución, porque predominará en él la pereza, el amor á los placeres, que le llevará á proporcionárselos por medios más prontos y fáciles que el trabajo.

Por desgracia la estadística sombrea lúgubrememente esta cuestión. Ella nos descubre que la mayoría de los criminales son instruídos.

El verdadero punto, pues, está en dar dirección á la voluntad hacia el bien, inclinándola al trabajo, inspirando la honradez, inculcando el espíritu de sufrimiento, y no el de rebeldía; el amor á la virtud, y no la divinización del vicio. Y no me digáis que para obtener este resultado basta inspirarle las virtudes naturales: que no hay virtud verdadera donde no hay sanción sobrenatural, ni ésta se da sino en la Religión verdadera.

Pero sea de esto lo que quiera, ¿pensó en esto la revolución demoledora de fines del pasado siglo, cuya maléfica influencia dura hasta hoy, trayendo y llevando las sociedades como las olas del alborotado mar en su flujo y reflujo? No por cierto. La Revolución lo destruyó todo, sin edificar nada. En todas sus erupciones sólo sembró devastación y ruínas, dejando al proletario cada vez más desamparado.

Pero éste era precisamente el gran momento en que el Señor omnipotente y universal Provisor supo hacer surgir de entre tantos males el más admirable remedio. Ya que en tales circunstancias no era posible suscitar entre el clero empobrecido los medios reparadores, inspiró en donde menos se podía esperar, pero dentro de la Iglesia, la idea salvadora.

Es el año 33, y París el punto donde se deben concentrar nuestras miradas. Todavía los densos nubarrones de la revolución del año 30 formaban horrorosos cúmulos en su horizonte político; y como quiera que había rodado por el suelo todo lo religioso, no es de extrañar que los hombres, y en particular los jóvenes, que en medio de tanta ruína conservaban vivo el sentimiento católico, no se atreviesen á pronunciar una palabra sobre Religión. Algunos de estos jóvenes, precisados á volver á París á proseguir sus estudios, salían de sus pueblos como el labrador después de la tempestad, cuando sale á contemplar los estragos que ha causado en sus sembrados, llevando el terror pintado en su semblante y nublando la desconfianza su corazón. Los católicos no osan manifestar sus sentimientos, temerosos de levantar nuevos incendios de que pudieran ser víctimas ellos mismos. Con mirada indagadora procuran sondearse los corazones antes de darse á conocer unos á otros. Uno de ellos, el joven de Goy, fervoroso católico, lloraba en lo profundo de su alma sobre las ruínas de la civilización cristiana, y no podía ver sin duelo entronizado el gentilismo en la metrópoli de la Francia cristiana. En vano buscaba entre los estudiantes de Derecho, sus colegas, un corazón á quien comunicar sus intentos de contribuir á la regeneración social. Un domingo, sin embargo, al ver en San Esteban del Monte al simpático Ozanán y otros dos antiguos compañeros, sintió renacer una esperanza al ver que no era solo en cumplir con los deberes religiosos. Y reuniéndose con frecuencia con ellos en la Conferencia de Historia que el anciano y virtuoso Mr. Bailly tenía en su casa, piensa primero seguir la inspiración de Ozanán, constituyendo una sociedad con el fin de nutrir sus espíritus con estudios filosóficos-religiosos, discutiendo sobre estas materias con otros jóvenes descreídos para atraerlos á las prácticas religiosas; pero bien pronto se convencieron todos de la ineficacia de este medio, puesto que las discusiones públicas en materia de religión no dan jamás positivos resultados; y la razón es porque, interesado el amor propio de los contendientes, ninguno quiere rendir su juicio, ni dar vencidas sus manos al contrincante. Esto fué lo que movió al joven Le-Taillandier á exclamar en una de esas reuniones prepa-

ratorias: «Prefiriera yo que, mejor que á discusiones, se dedicara la sociedad que proyectamos al ejercicio de las buenas obras.» Frase que con motivo de otro parecido desengaño erigió en principio Ozanán diciendo á sus colegas: «Páreceme que es lo mejor confirmar con buenas obras la vitalidad de nuestra fe.» Desde ese punto, bajo la presidencia del respetable Bailly, quedó constituida la sociedad bajo la *razon de Conferencia de Caridad*, figurando como sus fundadores, á más de Bailly y De-Goy, Lamache, Clavé, De-Taillandier, Devanx, Ozanán y Lallier.

Reconoced por esta muestra, queridos míos, lo que son las obras de Dios, y sobre cuán débiles fundamentos suele Él levantar soberbios edificios. Siete jóvenes estudiantes de Derecho, bajo la guía del anciano profesor de Historia, acometen nada menos que la empresa formidable de rehabilitar para Dios y para la sociedad la clase proletaria, empobrecida, envilecida y corroida por el vandalismo revolucionario. Y ¿con qué medios? Los pequeños ahorros de un estudiante, avalorados por una fe sin límites. Pues basta: *Si habueritis fidem sicut granum sinapis... nihil impossibile erit vobis.* «Si tuviereis fe como un grano de mostaza..... no habrá para vosotros imposibles.»

En efecto: cincuenta años han transcurrido apenas, y ¿hasta dónde diríais que este pequeño arbusto extiende ya sus ramas? Recorred la Francia, la España, el Portugal, la Italia y la Alemania, el Austria, Hungría, Bohemia, la Inglaterra y la Rusia. Subid á la Suecia y Noruega. Bajad después al Cairo y el Egipto: cruzad el Asia hasta el Indostán, la India, la China y el Japón. Llegad si gustáis á la Nueva Zelandia, y en todas partes hallaréis establecida la Conferencia. ¿Quién no ve aquí la mano de Dios? ¿Cómo en solos cincuenta años, y con elementos tan tenues, pudo ya llenar el mundo? En la actualidad se ha establecido en más de tres mil lugares distintos, visitando y socorriendo á más de cien mil familias.

Y aun siendo este sólo el fruto de las Conferencias, ya hubieran merecido bien de la sociedad; pero ésto es lo menos. A la sombra de las Conferencias se levantan por todas partes asilos, talleres, casas de enseñanza, escuelas de todo género para dar educación cristiana á los hijitos de los pobres, sin que haya en el mundo grupo de Conferencias, ni aun casi Conferencia aislada, que no sostenga alguna obra especial, á más del ordinario socorro á las familias. Pues estando llamada á llenar el vacío que en ellas hace la desgracia, ha de cumplir ya las funciones de padre proporcionando á los huérfanos socorros, ya las de madre prodigándoles la más tierna solicitud; y la de ambos á la vez, dándoles una educación adecuada en las artes ú oficios y aun en las letras, para que en días no lejanos sean ellos el amparo de su propia familia, cuando, restituidos por la Conferencia á la sociedad, puedan figurar en ella como miembros útiles y honrados.

Y aun sube de punto la bendición que el cielo le ha otorgado en la eficacia para el bien. La misma acción *indirecta* de su ejemplo, que tanto influye en su propia propagación con una suerte de feliz contagio, influyó en el delicado corazón de la mujer, que, émula de conquistar los mismos lauros, lanzóse en pos del hombre siguiendo los hermosos pasos de su caridad. No parece sino que Dios, para perfeccionar esta su obra de reconstrucción moral, se acordó de los días de la creación y renovó aquel su sublime sentimiento: «No conviene que el hombre esté solo: hagámosle un auxiliar semejante á él.» Y las señoras de nuestra noble España fueron las primeras en advertir ese divino eco, que, resonando en sus corazones, los hizo latir al unísono con los de su principal mitad. A esta preciada Antilla alcanzaron inmediatamente sus armoniosas ondas; y desde el año 59, en que aquí se instalaron las primeras Conferencias con motivo de las grandes misiones dadas por mis queridos Padres de la Compañía de Jesús, se han desarrollado asombrosamente, teniendo sólo en la capital nueve secciones la de caballeros y otras tantas la de señoras, y habiendo ensanchado sus fronteras hasta Cárdenas, Sagua, Cienfuegos, Sancti-Spiritus y Trinidad, siendo de esperar antes de poco tiempo que no quede en la Isla población de alguna importancia adonde no alcance su amoroso calor.

Sí: sólo la de caballeros visita en esta capital más de doscientas familias, y entre otras de sus hermosas obras descuella el asilo de huérfanos, en el que hallan sustento y educación religiosa y civil treinta y cuatro niños, hijos de los pobres acogidos á la Conferencia.

Ahí tenéis, mis queridos, en breve bosquejo diseñada la admirable propagación de esta pequeña sociedad, no menos que su prodigiosa eficacia para llenar los fines á que la destinó la Divina Providencia. Y es de notar que sus ingresos están circun-

tos á la ofrenda voluntaria y secreta que semanalmente tributa el socio, á las suscripciones también voluntarias y á las limosnas espontáneamente ofrecidas. Que si se atiende á que, por desgracia, los socios de la Conferencia no son, generalmente hablando, de los privilegiados de la fortuna, sino personas de medianas comodidades, bien se puede traslucir cuán modestos deben ser los medios pecuniarios con que cuenta para llevar á cabo su propósito. Y á pesar de esto, ¿quién puede contar los bienes sólidos que ha hecho á la sociedad, las lágrimas por ella enjugadas, las víctimas arrancadas al vicio, á la ignorancia, á la desesperación?

Luego la Conferencia es quien en nuestros tiempos llevó á cabo la obra de caridad encomendada á la Iglesia, y la única que despeja por completo y satisfactoriamente la incógnita de nuestro problema. ¿Y quién puede dudarle? ¿Diríais acaso que, para las inmensas proporciones del Pauperismo, la Conferencia no tiene suficiente alcance? ¿Y es esto culpa de la Conferencia? No por cierto. Ésto sólo prueba la tibieza de tantos hombres que, viendo al aire desplegada por la Conferencia la bandera de la verdadera caridad, no tienen valor para acogerse á ella y engrosar sus filas. Sólo indica la pérdida del espíritu cristiano que, efecto de esta apostasía general que se nota en nuestros días, ha evaporado en muchas mentes el conocimiento de Dios, y resfriado en muchos corazones la verdadera caridad. Y esta defeción del cristianismo práctico es la causa por la cual la Conferencia aparece en algunas partes más como un ensayo de un gran sistema, que como potencia aplicada ya al mecanismo social para vencer el Pauperismo. Que si gozara del apoyo que merece, y los que se tienen por católicos la auxiliaran con empeño, ella, en unión de las otras fuerzas de la caridad católica, bien pronto darían resuelto hasta donde es posible ese problema que con tanta lucidez presentan en su doctrina y con tanta eficacia tratan de llevar á cabo en la práctica. Bien pronto se recogería la falsa moneda de la beneficencia oficial, para dejar libre curso á la sola de ley. Que si aquélla pasa todavía entre nosotros es por lo que conserva nuestro en su fondo y en su forma, aunque siempre deja entrever al ojo experto la mala liga con que se ha mezclado.

(Se continuará.)

LA PLEGARIA

GRA una mañana de primavera, en que apenas un ligero crepúsculo de color de rosa anunciaba la salida del sol; en el firmamento veíanse todavía resplandecer á las trémulas estrellas; las canoras avecillas dormitaban aún en sus nidos, y el fresco céfiro de la mañana, temeroso de despertarlas, se mecía blandamente entre el follaje con apacible murmullo. El ambiente que se respiraba, fresco y suave, hallábase impregnado del aroma de esas tiernas y delicadas plantas que sólo confían á las amorosas brisas de la noche los tesoros de sus perfumes.

En mañana tan deliciosa, acompañado de mi fiel amigo Febo, hermoso perro de Terranova, salí al campo á disfrutar del espectáculo magnífico de la salida del sol; distraído gran rato en la contemplación de la naturaleza, que se presentaba á mi vista adornada de sus más esplendentes galas, no había observado que mi fiel compañero, con signos muy expresivos, trataba de llamar mi atención hacia un grupo como de dos ó tres personas que al pie de unos álamos se divisaba. Yo no sé qué presentimiento tuve, ni qué fuera en aquel instante lo que excitara tanto mi curiosidad que, dispuesto á saciarla, dirigíme sin ser visto y con la mayor precaución á un puesto de perdiz que no lejos estaba, y desde donde sin ser observado podía perfectamente, no sólo perder siquiera uno de sus movimientos, sino ni una sílaba de sus palabras.

Por lo que observé era una familia de jornaleros, compuesta del marido, la mujer y dos niños, la mayor que tendría como unos siete años, y el más pequeño de unos cinco. En sus caritas brillaba con toda su esplendidez el sol de la inocencia; sus blondos cabellos, medio ensortijados, caían con descuidada sencillez sobre sus frentes, y aun á veces cubrían sus ojos, que brillaban con la mirada pura y tranquila de la infancia. Entreteníanse á la sazón en edificar con chinitas rústicas casillas, que al más ligero soplo de la brisa derrumbábanse con gran pena de tan sencillos arquitectos. El padre debía hallarse enfermo, pues envuelto en una andrajosa manta hallábase reclinado sobre el tronco de un árbol, y con lánguida mirada observaba el juego de sus inocentes hijos, y en su rostro pálido y demacrado, en la lividez de sus labios, en la apagada luz de sus pupilas y en sus manos descarnadas, notábase cla-

ramente que era presa de maligna enfermedad; acurrucada á sus pies ocupábase su mujer en recoger un remendado vestido cuyo primitivo color no se apercibía. Tendría como unos treinta años; pero una vejez prematura se presentaba en su frente y una palidez mortal cubría sus mejillas, miraba á su esposo y á sus hijos, y un torrente de lágrimas surcaba su semblante, que trataba de ocultar para que no lo viese su pobre esposo. Desde nuestro puesto, sin atreverme á respirar, hubo un momento en que, excitado por la angustia que me causaba aquella escena aunque muda tan patética, estuve para salir y enterarme prontamente de la desgracia que les afligía; en el momento que formaba esta resolución, un suspiro escapado involuntariamente del afligido pecho de aquella pobre madre y esposa rompió el silencio, me hizo continuar observando y llamó la atención de la niña, que dejó sus inocentes juegos y se acercó á ella, y besándola con indecible ternura, exclamó:

—Madre mía, ¿por qué lloras? ¡Mira que me afliges con tu llanto!

La madre quiso hablar; mas los sollozos ahogaron su voz y sólo pudo contestar á las palabras de su hija con una dolorosa mirada, clara é inequívoca muestra del quebranto que la agobiaba. La niña continuó:

—Mira, madre mía, no llores; ¿no ves que afliges con tu llanto á nuestro buen padre?

A este tiempo el niño, medio lloroso, se acercó á su madre y le pidió pan; la madre buscó en un andrajoso zurrón, y sólo encontró un pedazo; ¡era cuanto tenía para dar de comer á su esposo y á sus hijos! Y aunque pequeño, lo dividió en tres trozos, dando uno al niño, otro á la niña y ofreciendo el tercero á su marido; pero éste, que con los ojos arrasados en lágrimas había observado la división, le dijo:

—Cómételo tú; yo no tengo gana: la calentura me alimenta.

—No, si éste es para tí; los demás tenemos todos nuestro pedazo.

La pobre mujer veía que aquel era el único alimento que les quedaba, y al pensar en ello, sin duda alguna, lo bañaba con sus lágrimas.

—¿Cómo ha de ser!— exclamó el padre— ¡Dios es bueno!

El niño, que se había alejado un poco, volvió corriendo y dijo á sus padres:

—Por ahí viene un pobre ciego guiado por un perrillo. ¿Qué le daremos?

Apenas pronunciadas estas palabras, el ciego se acercó.

—Señores — dijo con tono plañidero — quien quiera que seáis, almas generosas, dad por amor de Dios una limosna á este pobre ciego, que, mísero y desvalido, sólo vive de la caridad de las buenas almas; mirad que siento que me faltan las fuerzas y muero de hambre; una limosnita por el amor de Dios.

La niña sacó el pedazo de pan que había guardado y lo dió al ciego, que, expresando su agradecimiento con las hermosísimas palabras: ¡Dios se lo pague!, se alejó.

La madre, sin poder contener la emoción que experimentaba, dirigió una mirada tiernísima á su pobre hija, que no comprendiéndola, y creyendo sin duda que la reprendería por haber dado el pan único de que podía disponer para alimentarse, exclamó:

—¿No nos dices, madre mía, á cada momento: ¿haced bien á nuestros semejantes, que Dios es justo?...

—Sí, hija mía, sí, y alabo tu generosa acción. Pero ¿qué comeremos nosotros? ¡Dios mío, compadeceos de mis pobres hijos, tened piedad de mi infeliz esposo!

Y al decir esto, la infortunada mujer lloraba amargamente. En esto en la aldea inmediata tocaban á la oración del medio día, y nuestra familia, postrada en torno de su moribundo padre, rezaba la salutación angélica. ¡Oh! ¡Qué no hubiera yo dado en aquel momento por sentir bullir en mis venas el genio del artista para copiar aquel cuadro tan sublime y patético! ¡Qué no hubiera yo dado por ser poderoso de la tierra para haber aliviado aquella miseria, para haber cubierto aquella desnudez y curado las llagas de aquel infortunio! Pero ¡ah! el poderoso entre los poderosos, el Señor de los señores y Rey de reyes veía también aquella escena. La oración de aquellos ángeles debía subir sencilla y pura al trono del Altísimo; pero entre tanto el pobre padre, extenuado y desfallecido, falto de fuerzas y aliento, caía presa de un lánguido desmayo. Los niños, al verle caer, se arrojaron á él gimiendo; la infeliz madre, trémula y convulsa, le sostenía entre sus brazos á tiempo que un hombre cruzaba por el camino; imploró la desgraciada mujer su socorro; pero el hombre, que la oyó sin dirigirle siquiera

una mirada compasiva, continuó su camino murmurando palabras descompuestas; ¡Oh! Yo no podía resistir la sensación que experimentaba, quería salir, y una fuerza superior inmovilizaba mi cuerpo, mis plantas estaban como clavadas en el suelo. ¡Oh! Yo sufría horrorosamente cuando sentí las pisadas de una cabalgadura, y alcancé á ver por el camino á un venerable anciano que, oyendo los sollozos de los niños y los tristes gemidos de la madre, dirigía apresuradamente la jaca en que venía montado hacia aquel lugar de dolor.

¡Oh! Ya respiré. Aquel santo varón era un sacerdote, ministro del Altísimo; al verle, ví en él la mano de la Providencia.

El buen sacerdote, con esa unción y mansedumbre verdaderamente evangélicas, carácter propio de los ministros de una religión de amor, se acercó al grupo prodigando toda clase de consuelos; de un frasco que llevaba hizo beber al infeliz jornalero, que poco á poco fué reanimándose y volviendo á la vida. Yo no sabía qué hacer; era mi mayor deseo tomar parte con aquel venerable anciano en su ejercicio de caridad; pero estando él yo no hacía falta, y mi presencia, sobre no ser ya útil, acaso hubiera servido sólo para disminuir el gozo inefable que inundara su alma en aquellos momentos, que tributo es de la caridad no querer ser vista. Permanecí testigo oculto de tan tierna como interesante escena, que pronto tuvo fin, pues el buen sacerdote, conociendo la necesidad que tenían de alimentos la mujer é hijos del desgraciado jornalero, ya harto extenuados, y la de curarle á él mismo de la calentura que le devoraba, se lo indicó así con las más cariñosas palabras, y también que, no siendo aquel sitio el más á propósito, era preciso y se hacía urgente la translación. Agradecido el pobre hombre, daba con su mujer las gracias y bendecía su acción; pero en medio de la efusión de su gratitud decía:

—Buen sacerdote, Dios, que es justo, os premie lo que habéis hecho con nosotros; pero ¿dónde queréis que vayamos, si no tenemos más hogar ni techo que nos cobije que el firmamento?

—Tenéis mi casa, que es también vuestra; ella es ¡oh hermano mío! la posada de todos los que como vosotros sufren los rigores de la suerte; allí no encontraréis una mesa abundante, pero la hallaréis, servida por el amor de Dios; con que vamos, venid; os acomodo sobre mi jaquita, y á ver cómo podemos colocar también este niño, que el pobrecito va descalzo.

El buen sacerdote acariciaba entonces y besaba con indecible ternura al inocente niño, que con pura é infantil sonrisa le miraba asombrado.

Por la lívida frente del jornalero corría un sudor frío, que vino á mezclarse con las lágrimas de agradecimiento, única expresión, muda, sí, pero elocuentísima que pudo dirigir á su bienhechor.

El sacerdote sacó un pañuelo, y después de haber enjugado aquel sudor mortal, lo ciñó á la frente del infeliz jornalero, que, turbado por la emoción que experimentaba, ni aun articular palabra podía. La pobre madre, arrodillada á sus pies, besaba su sotana y la bañaba con copioso llanto. ¡Oh! Era hermosísimo ver aquel cuadro, contemplar aquel augusto ministro del Señor practicando las lecciones de su divino Maestro, imitando su ejemplo; en el abundoso brillo que circundaba su rostro, cada vez más puro y radiante, retratábanse bien los inefables goces que en lo íntimo de su alma sentía. ¡Ah! Vosotros que tenéis por padre á un siglo escéptico, naufragos de la fe. ¡Desdichados de vosotros, que no conocéis estos puros goces, que al difundirse en el alma la inundan de celestiales consuelos! ¡Oh! ¡Desgraciados de vosotros los que no habéis sentido los efectos de su santa embriaguez, los que no conocéis el esplendor de su luz, ni habéis gustado la suavidad de los perfumes que la caridad derrama!

Momentos después el santo sacerdote y la desgraciada familia hallábanse en marcha; los seguí con la vista hasta perderlos entre la bruma de la tarde, y todavía permanecí largo rato en el mismo sitio abismado en silencioso recogimiento, del que, cansado sin duda de su inmovilidad, me sacó mi perro empezando á ladrar con ahinco; dirigí una mirada de ternura hacia aquel sitio, mudo testigo de una escena tan tierna, y me alejé en dirección á mi casa.

Pero faltaba sin duda algo para el complemento de la lección que me quería dar la Providencia; y como continuase ladrando mi perro con una inquietud que revelaba algo de extraño, traté de observar qué era lo que pudiera producirle aquella agitación, hasta que muy próximo al río divisé el bulto de un hombre ahogado en la ribera. ¡Dios mío! Le reconocí al punto. Aquel hombre era el que por la mañana se había tan bruscamente negado á socorrer la indigencia; había sin duda tratado de atravesar el río, y éste, que por aquel sitio era profundo,

impetuosas sus aguas, le había envuelto entre sus torbellinos; su rostro, medio magullado, presentaba un cuadro espantoso: los labios los conservaba contraídos como para producir una sonrisa furiosa y desesperante. ¡oh! ¡qué horrible debe ser la vista de un réprobo! Me alejé con horror de aquel sitio para noticiar á la justicia de aquella catástrofe, y ya próximo á la aldea, el crepúsculo vespertino me salió al encuentro, difundiendo por doquiera una luz más llena de pureza que la aurora más pura, y en lo alto de la torre de la iglesia la sonora vibración de la campana anunció al cristiano la oración de la tarde; acordéme de la oración de la mañana, que con tanto religioso respeto rezaran la familia del jornalero, y dije para mí: ¿Quién sabe si aquella fervorosa plegaria habrá traído sobre esa familia las bendiciones del cielo? Y en silencioso recogimiento elevé también mi plegaria, saludé á la Reina de los cielos, á la Emperatriz de los ángeles y querubines.

Algunos días después del suceso que acabo de narrar, dirígame como de costumbre con mi fiel compañero á recibir las gratas impresiones de una mañana de primavera, pues nunca héme cansado de admirar cómo la tierna flor abre su matizada corola al resplandor del sol, ni de contemplar el lago, en cuyas puras y límpidas aguas se refleja con tranquila pureza el azul del firmamento; ni el árbol con su pomposa corona de flores, ni el manantial que, deslizándose sobre doradas arenas, retrata en sus limpias ondas sus floridas márgenes; ni el ave que, revolando entre rayos de luz, gorjea dulcísimos trinos. ¡Oh! ¡Qué deleite, qué sensaciones tan nuevas esperimenta uno ante tales bellezas, ante tales maravillas! Y es que en esos momentos el alma humana percibe el contacto de la majestad de Dios; es que tales maravillas son irradiaciones de la vida eterna; es que el nombre de Dios se lee en los esplendores del firmamento como en espectáculos de la tierra; el rugido de la tormenta lo anuncia, en la fragancia de las flores se percibe, en el susurro de las brisas se escucha, y el alba con sus rosadas tintas, como la noche con sus melancólicas sombras, lo pregonan. Extasiado vagaba á la ventura, como la liviana mariposa revuela de flor en flor, cuando mi buena suerte llevóme al mismo sitio que pocos días antes fuera testigo de una escena la más conmovedora.

Sentéme á descansar en el lugar que ocupara el jornalero, y como no podía menos de suceder, vinieron á mi memoria todos aquellos sucesos; y cuando bendecía á la Providencia en su misericordia, Febo, que á mis pies estaba muellemente reclinado, se levantó indicándome que alguien venía; y en efecto, por el camino pasaba alegre y regocijada la familia del jornalero; sí, era la misma: llevaba un borriquito cargado de provisiones, donde iban los dos niños risueños y juguetones como dos querubines. En el semblante de la madre, desaparecidas las huellas del dolor, reinaba la satisfacción y el contento; el padre, notablemente restablecido, mostraba en su rostro la tranquilidad del justo y dirigía á los niños palabras de cariño: ¡oh! ¡qué placer tan inefable experimenté al verlos! Yo los hubiera detenido para participar de su alegría, para dar juntos gracias á la divina Providencia recordando al venerable sacerdote, y entonces no pude menos de exclamar:

¡Oh! Dios mío, no hay duda: aquella plegaria he atraído sobre esta pobre gente las bendiciones del cielo.

José P. VILLAMIL.

LA SANTA CASA EN QUE NACIÓ MARÍA SANTÍSIMA Y SU TRANSLACIÓN Á LORETO 1.

En vida aún de los Apóstoles fué ya venerada por los cristianos la Santa Casa de Nazareth en Galilea, provincia de la Siria, por la parte de la tierra de promisión y muy cerca del mar de Tiberíades. Aquella Santa Casa en donde nació y fué criada la Virgen María, y en la cual se obró el misterio más augusto de nuestra fe, la Encarnación del Verbo Dios en el seno de María, debía, pues, ser mirada por los fieles con gran estima y veneración.

Después de Belén, del Cenáculo, de la Cruz y del Santo Sepulcro, no hay para el cristiano lugar más sagrado sobre la tierra. Los mismos Apóstoles consagraron aquellas paredes para templo del Dios vivo, en donde celebraban los divinos misterios aun entre los horrores de la persecución. Cuando después de los tres primeros siglos rayó para la Iglesia la aurora de la paz por la conversión del emperador Constantino, debió crecer, si no el

1 Véase el núm. 23.

fervor, á lo menos la extensión de los obsequios y romerías con que los fieles veneraban aquel augusto asilo, y la piadosa madre del Emperador, la gloriosa Santa Elena, que tan solícita fué en decorar y exaltar los lugares y monumentos donde se obraron los misterios de nuestra redención, cuando al ir en busca del santo madero de la Cruz visitó el pueblo de Nazareth, ciñó la casa afortunada de un templo, que recibió el nombre de Santa María.

Durante algunos siglos, y aun bajo la dominación de los califas árabes, una multitud de peregrinos iba desde todas las partes del mundo entonces conocido á adorar á Dios y rendir obsequios á su Madre en esa habitación en que Jesús y María habían vivido juntos tantos años, llevando una vida trabajosa y oculta. A principios del siglo VIII, aunque Jerusalén estaba ocupada por los sarracenos, no dejaron por eso los fieles europeos de visitar la casa de Nazareth, como lo afirma el venerable Beda, contemporáneo.

Después del 1291, cuando, vencidos completamente los cruzados, cayó Galilea en poder de los mahometanos, no quiso Dios, dice el jesuita Padre Turselini en su *Historia Lauretana*, que la santa casa de María quedase expuesta á las profanaciones de los bárbaros; es tradición que en el año mismo de la destrucción total de la Palestina, y por ministerio de los espíritus celestiales, fué trasladada la casa de Nazareth desde Galilea á Dalmacia, que dista seiscientos leguas, entre Terfaeto y Flumeno, junto al mar Adriático, para cuya traslación había sido preciso atravesar largas islas y extensas provincias. La tradición añade aquí varias circunstancias consecutivas á lo pasmoso de este prodigio, que fué comprobado en toda diligencia, hallándose faltar de dentro del ya arruinado templo de Nazareth la Casa de Santa María. Extendiéndose la fama de esta milagrosa aparición por la Eslavonia, Istria, Bosnia, Servia, Epidauro y demás provincias.

Bien fuera que los dálmatas se envanecieran demasiado de aquella señalada muestra de la predilección de María, como suponen algunos autores, bien por otro motivo ignorado, no fué muy duradera la permanencia en aquel país de tan precioso tesoro; y transcurridos tres años y siete meses, fué vuelta á trasladar también por ministerio de ángeles á la Marca de Ancona en Italia, centro, cabeza y alcázar del catolicismo hasta la revolución de los italianísimos, ó sea la revolución masónica que se viene verificando en toda Europa y que persigue de muerte al catolicismo.

Corrió la voz, añade el citado P. Turselini, de que á la llegada de la Santa Casa los antiguos árboles del bosque italiano se inclinaron en señal de respeto y que conservaron esta inclinación hasta que los vientos, el hacha y la vejez los hubieron abatido por el suelo.

En la Marca de Ancona fué dejada la Santa Casa en medio de un bosque que pertenecía á una piadosa y noble viuda llamada *Lauretta*, de la cual tomó el nombre la preciosa reliquia. Aquel bosque se llama Piceno, distante cien millas de la Dalmacia, ó sean treinta y tres leguas castellanas, á una legua del mar.

La tradición nos habla de otras dos traslaciones igualmente prodigiosas, hasta quedar fija en el lugar en que todavía se conserva bajo el nombre de la Casa Santa de Loreto, en un collado del camino real que va al puerto de Recanate. Está situada de manera que recibe el sol como el que la visita, entrando por la ventanilla que se conserva y se cree fué por donde entró el arcángel para dar á María la celeste embajada.

La iglesia de Loreto, una de las más hermosas de Italia, ha sido magníficamente adornada por los Papas, que han ido allí en romería como el común de los fieles. Tres puertas de bronce cincelado dan entrada al santo templo, en cuyo centro se eleva la Santa Casa vestida de mármol blanco, en el que se ven esculpidos unos magníficos bajo-relieves cuyos dibujos hizo el Bramante y ejecutaron Sansovino y Bandinelli. La milagrosa estatua de la Virgen tiene treinta y tres pulgadas de alta, está tallada en madera de cedro, cubierta de riquísimas vestiduras, y colocada sobre un altar replandeciente y deslumbrador por el oro y piedras preciosas que lo adornan. Se da por cierto que el nicho que ocupa está incrustado de planchas de oro. Delante de ella arden de continuo gran número de lámparas de plata maciza. La *sala del tesoro* no ostenta ya las riquezas que sirvieron para pagar el rescate de toda Italia; pero desde el año 1815 ha recibido regalos muy ricos de los Papas, del rey de España Fernando, del emperador Francisco, Luis XVIII, del príncipe Eugenio Beauharnais y de muchos otros ilustres personajes.

Clemente VII mandó levantar un soberbio templo en derredor de la Santa Casa, dejándola empero en su primitiva sencillez. En tiempo de Paulo III

honró el Señor la antigua morada de su Santa Madre con notables prodigios, que immortalizó el poeta Noridio. Cuando por los disturbios de Italia la Silla Apostólica tuvo que trasladarse á Francia, era tanta la influencia de peregrinos y demás gentes que acudían á visitar la Santa Casa, que el obispo de Maccrata, en cuya diócesis se halla Loreto, hizo levantar un suntuosísimo templo con claustros y hospederías para comodidad de los concurrentes.

Benedicto XII, con bula escrita en letras de oro, concedió indulgencia plenaria á cuantos orasen en su capilla.

Clemente VI, en 1390, librado de las manos de los cismáticos que le perseguían, concedió indulgencia plenaria á los que en 8 de Setiembre visitaran la Santa Casa.

Bonifacio IX concedió el jubileo de 1400.

Martino V enriqueció con indulgencias considerables la ciudad de Recanate, concediendo tres meses de ferias ó mercados para atraer más concurrencia. Siguiéron su ejemplo Julio II, Sixto IV, León X y otros muchos Pontífices.

Eugenio IV, sucesor de Martino y Nicolao V siguieron mostrando celo y confirmando las gracias de sus antecesores, y éste aseguró las alhajas y tesoros de la Virgen, y en 1452 mandó fortificar á Loreto para defenderlo de los ataques de la ferocidad turca. Lo propio encargó á sus dos sobrinos Calixto III, atribuyéndose á la intercesión de la Virgen de Loreto las señaladas victorias obtenidas contra los musulmanes.

Pío II, habiéndose curado de una enfermedad gravísima por intercesión de la Virgen de Loreto, cuando iba á bendecir á los guerreros de la Cruz en Ancona para marchar á la guerra santa contra el orgulloso mahometano, regaló á la Virgen un precioso cáliz de oro de enorme peso.

Paulo II fué el que, agradecido á los beneficios de María, hizo levantar el grandioso templo que hoy día se ve en Loreto, como lo refiere Bautista Mantuano en su *Historia de Loreto*, que dedicó al gran capitán Gonzalo Fernández de Córdoba. Concedió indulgencia plenaria en todas las festividades de la Virgen y domingos del año, y reservó á la Santa Sede su jurisdicción.

Sixto IV dispensó también otras gracias, y entregó la custodia de la Santa Casa á los Padres Carmelitas, como la tenían en Palestina.

El templo, empezado por Paulo II, fué concluido por su sobrino el cardenal Jerónimo de Rávena.

Inocencio VIII, Alejandro VI y Julio II regalaron espléndidas joyas, y este último hizo colgar en la capilla de Loreto la bombardita que estalló á su lado en el sitio de Bolonia.

León X concedió muchos privilegios á esta Santa Casa, y cuando Doña Juana de Aragón y las infantas de Nápoles la visitaron en 1514, este Pontífice la declaró iglesia colegiata. Adornó las sacristías con ricos trabajos de maderas preciosas, y encargó al arquitecto Sansovino que dirigiese la ornamentación de la cámara angelical. Por este tiempo enriquecieron la Santa Casa Antonio de Leyva, célebre general español de Carlos V, y la reina de Hungría.

Las grandes riquezas de este sagrado asilo excitó la avidez del audaz mahometano y aun de cristianos codiciosos. Solimán, nieto de Mahoma, después de haber desolado la Pulla y la Esclavonia, amenazaba de cerca con sus huestes la casa de Loreto; envióla, y quedó herido por la mano de Dios; volvió otra vez al ataque, y fué vencido por Canaleto.

Algunos capitanes del duque de Urbino trataron de arrebatarse los tesoros de la Virgen; y á pesar de las enérgicas increpaciones del duque adelantaban por la noche para sorprender á la guarnición descuidada; pero al llegar la vanguardia á la vista de la Santa Casa se ve acometida por una manada de lobos que, devorando á unos y maltratando otros, hizo huir á los demás despavoridos, repitiéndose el sangriento ataque de los lobos con los que venían detrás y se refan de la cobardía de sus compañeros. El duque de Urbino depuso sus armas á los pies de la Virgen, y los jefes y soldados, poco antes tan codiciosos, se postraron ante la poderosa Virgen, y le hicieron algunos regalos en muestra de arrepentimiento y de gratitud.

Los riesgos, pues, á que se vió expuesto aquel santuario indujeron á León X á concluir la fortificación de aquella Santa Casa y arrabal, que se terminó en 1520. Hizo fundir una campana para el uso del templo, y á la que puso el nombre de *Laureta*, que pesaba ciento cincuenta quintales.

Clemente VII confirmó las Bulas anteriores, y la enriqueció con otras, y envió delegados para que de nuevo averiguasen en la Dalmacia, y después en Galilea, el lugar que ocupaba la Santa Casa y si era realmente la misma.

El papa Paulo III concede nuevos privilegios, y fundó un colegio para niños, un hospital para enfer-

mos y otro para peregrinos. En su tiempo aconteció la frustrada tentativa del audaz Barbarroja, almirante turco, que, amenazando talar toda la Italia, se acercó al Adriático con temor de toda la cristiandad, y por la ferviente invocación de la Virgen de Loreto desbarató sus designios una horrible tormenta en la que se ahogaron más de veinte mil bárbaros y quedó despedazada la mitad de su armada.

Paulo III pidió á Ignacio de Loyola (fundador de la Compañía de Jesús) algunos Padres para que se establecieran en Loreto como penitenciaros, y al efecto mandó construir un colegio. El célebre fundador envió doce Padres que, por su trabajo asidua y dulzura se ganaron la estimación y la gratitud de cuantos los trataron.

Paulo IV, elegido en 1555, procuró aumentar el número de los Padres de la Compañía en Loreto, y logró que el santo fundador enviase hasta cuarenta. Tales y tan abundantes eran los frutos de su doctrina y de su celo por la gloria de Dios y de sus edificantes ejemplos, que cuando el ejército francés, al mando del duque de Guisa, entró en Italia, en la guerra que había declarado España, se convirtieron en el santuario de Loreto muchos luteranos y calvinistas.

Pío IV hizo muchas mejoras y concesiones, y estableció con Bula especial el colegio de la Compañía de Jesús. En su tiempo, no sólo el santuario, sino toda la Marca de Ancona, se libertaron, por intercesión de la Santísima Virgen, de la armada turca que las amenazaba.

Pío V continuó haciendo mejoras; varió el curso del río Chusan y enriqueció con presentes la Santa Casa. En su tiempo tuvo lugar el gran acontecimiento de la batalla de Lepanto (1571), en la que la protección de María Santísima se mostró tan visiblemente en favor de los cristianos con el triunfo decisivo sobre el fanatismo agareno. El santo Pontífice, con sus aliados Felipe II de España y la República de Venecia, imploraron todos la protección de Nuestra Señora de Loreto, y la esposa del gran almirante de la armada veneciana pasó toda la noche haciendo la vigilia en la Cámara angelical, y con las oraciones de todo el mundo católico, con su santo Pastor al frente, se consiguió la salvación de Europa del yugo musulmán.

Gregorio XIII confirmó y aumentó las gracias concedidas, é hizo varias carreteras para facilitar el viaje á la Santa Casa.

Sixto V, como era natural de la Marca, quiso aventajar á los demás Pontífices en munificencia en favor de aquella. Elevó la Santa Casa á Silla episcopal; hizo levantar bellísimos palacios frente á la fachada del templo, adornando con preciosos mármoles las columnas y capillas de la Santa Casa. En 1587 se colocó una estatua de bronce de Sixto V en las gradas del templo. El año anterior, 1586, había instituido este Papa la Orden de Nuestra Señora de Loreto para hacer la guerra á los corsarios que infestaban la Marca de Ancona, y tenían por divisa sus doscientos caballeros una medalla oval de oro con la efigie de Nuestra Señora de Loreto, que llevaban al pecho colgando de una cadena del mismo metal.

Clemente VIII concedió indulgencia plenaria á todos cuantos visitasen la Santa Casa de Loreto, mandando al propio tiempo que en el 10 de Diciembre de cada año se celebrase solemnísimamente la memoria del día en que tan preciosa reliquia se asentó en aquel lugar.

Finalmente, Gregorio XVI, de feliz recordación, y Pío IX, de santa memoria, no fueron en zaga á sus antecesores. En recuerdo de que el 10 de Setiembre de 1841 visitó el primero de estos Pontífices la Santa Casa, puso la ciudad esta inscripción:

III idus septembris anno MDCCCXLI

Qua die

Gregorius XVI P. M.

Lauretum pietatis causa progressuras

Templum maximum ricinen,

Præsentia sua cohonebat

Collegium dignitatum et canonicorum.

El Emmo. Sr. Cardenal Bartolini, Cardenal Prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos, hizo un viaje á Oriente, donde visitó á Nazareth y el lugar donde estuvo la Santa Casa en que nació la Virgen Santísima, publicando á su llegada á Roma un libro precioso con la historia y documentos justificativos de su traslación á Loreto.

CONOCIMIENTOS ÚTILES

La manera de sentarse. — Consejos de higiene.

— Niño, siéntate bien.

— Sienten ustedes bien á esa criatura.

— ¡Qué postura toma Fulano al sentarse!

Tales son las frases que se oyen diariamente en todas partes, sin que casi siempre los que las pronuncian, ni los que las escuchan, sepan el verdadero sentido de la frase *sentarse bien*.

Para ello es preciso recordar los que lo hayan aprendido, ó aprenderlo quienes no lo sepan, que la columna vertebral puede hacer tres clases de movimientos: 1.º *Inclinarse* por completo como un vástago flexible articulado inferiormente, pudiéndose mover de atrás adelante y lateralmente. 2.º *Encorvarse* ó *doblarse* más ó menos en toda su extensión, presentando varias curvas de convexidad lateral, anterior ó posterior. 3.º *Retorcerse* sobre sí misma, de tal suerte que su cara posterior tienda á mirar hacia la derecha y su cara anterior hacia la izquierda.

Para formarse una idea práctica de los diversos movimientos de que es susceptible la columna vertebral, basta ver los ejercicios sorprendentes de uno de los llamados *hombres de goma*, individuos que ejecutan prodigios de dislocación en los circos.

Compréndese sin esfuerzo que todas las partes del pecho se ven inclinadas forzosamente en esos diversos movimientos, y que la cabeza, por su parte, puede inclinarse libremente á derecha ó izquierda, hacia delante ó hacia atrás y hasta dar vueltas alrededor del vástago que la articula con la columna vertebral, dándose por lo tanto el caso de que la cabeza mire á la izquierda y esté inclinado el tronco á la derecha.

Cuando el individuo está sentado en la posición habitual que suele adoptar para leer ó escribir, si el asiento está perfectamente horizontal y no se inclina la pelvis (vulgo *caderas*) á uno ú otro lado, la columna vertebral está rectilínea, exceptuándose las ligeras curvaturas que ofrece siempre, una al nivel del cuello, de convexidad anterior, otra en el espaldar, de convexidad posterior.

Si el asiento está en plano inclinado de derecha á izquierda, la columna vertebral se inclina primero en este sentido; pero por un movimiento instintivo que tiende á volverlo á la posición vertical, se inclina de izquierda á derecha; las costillas del lado izquierdo que en ella se insertan, sepáranse en forma de abanico; el lado izquierdo del pecho se abomba, y elevase el hombro del mismo lado. Lo propio ocurre en otras condiciones. Supóngase que esta posición se prolonga, y se tendrá una *desviación lateral* del cuerpo.

Con un asiento oblicuo de *atrás hacia adelante*, ó *viceversa*, coincidirá que, ó la columna se inclina hacia atrás siguiendo una curva de convexidad anterior, ó bien ésta será posterior al inclinarse hacia adelante.

A la larga se producen esas espaldas redondeadas que se designan con el nombre de *cargazón de hombros*, entallándose intensamente la cintura y adoptando la forma que llama la atención en calles y paseos al contemplar el arco que forma el talle de nuestras contemporáneas, semejante al que produce la silla en los caballos de recreo ó de carrera. Sin ofender al sexo bello, preciso es convenir en la exactitud de la comparación, máxime cuando la moda acentúa con los *polisones* y otros aditamentos colocados en el final del espinazo, así como con las continuadas indicaciones de las madres, que aumentan la curvatura con la frase de mando: *¡anda derecha!* Verdad es que el origen de estas curvas y desviaciones anormales dependen de la mala condición de los asientos en los colegios, la pernicioso costumbre de sentarse *more turquesco* en las iglesias, donde pasan algunas horas nuestras mujeres, y las famosas *sillas bajas* ó de *labor*, tan perjudiciales bajo el punto de vista higiénico.

Examínese un niño sentado con un libro en la mano. La silla ó el banco sin respaldo es muy alta, no tiene palo transversal que permita descansar á los pies, y la corvadura de la columna se manifiesta bien pronto, no sólo por el cansancio del cuerpo, sino por el cansancio de la mano, que le obliga á apoyar el codo en las rodillas y bajar la cabeza para leer.

Si tiene una mesa delante, unas veces ésta se halla más lejos y está más baja, en cuyo caso la corvadura citada no se corrige; si ha de escribir, al levantar un hombro la columna vertebral se inclina

lateralmente, y no pocas veces para descansar sobre el pupitre el niño se sienta de medio lado, se apoya en un solo lado de la pelvis, y obliga al tronco á un movimiento violentísimo que hace que se acerque el pecho más ó menos á la mesa. El tronco sufre un doble movimiento de inclinación y torsión de este modo.

Si está la mesa muy alta, el niño está condenado á la actitud que todo el mundo toma cuando quiere alcanzar un objeto.

Levanta ambos hombros para poder colocar sus brazos sobre la mesa, conservando la libertad en los movimientos, echando hacia atrás la cabeza. Concluye por tener la cabeza entre los hombros, que se dirigen hacia atrás, encorvándose la porción lumbar, y no pocas veces la espalda; uno de los la-

proteger y resguardar. Un medio sencillo para obtener este resultado consiste en cubrir los brotes y hojas con una capa de cal grasa apagada al aire y pulverizada finamente.

La acción de la cal se ejerce física y químicamente; del primer modo porque el color blanco es poco diatérmico, y por tanto dificulta la radiación del color propio del vegetal, impidiendo en su consecuencia un enfriamiento brusco, y además influye fisiológicamente dando vigor y robustez á la planta, é impidiendo que se desarrollen en aquellos órganos insectos que pudieran destruirlos.

La operación se efectúa regando las vides y luego espolvoreando la cal recientemente apagada y en polvo fino, en igual forma que se practica el azufrado para combatir el oidium.

Un procedimiento más para hacer incombustible la madera, el papel y los tejidos.— El Sr. Winchelmann, profesor de Química de Múnich, propone hervir el cuerpo que se pretenda hacer incombustible en el líquido siguiente, y por espacio de cinco á ocho horas:

Protocloruro de manganeso....	33 partes.
Acido fosfórico.....	20 —
Acido bórico ó borato de sosa..	10 —
Cloruro de magnesia.....	12 —
Cloruro de amoniaco ó sulfato de magnesia.....	25 —

Las sales que se introducen en el cuerpo sometido á esta acción, son insolubles en el agua; así que no desaparecen aunque se exponga el objeto, cualquiera que sea, á las lluvias ó temporales; la llama de incendio no les hace arder, y únicamente si se introducen en un gran foco de fuego se carbonizarían por fin, pero sin ocasionar llama de ninguna especie.

Se hacen grandes elogios de este sistema en acreditadas Revistas extranjeras, y por ello, aunque no hemos tenido ocasión de justificarlo por experimentos hechos directamente, cremos, sin embargo, muy recomendable el procedimiento, sobre todo teniendo en cuenta la lista de los productos químicos arriba dichos. Para los teatros sería una preparación excelente.

Color bronceado para las pieles.— Déselas bien, como pie, un color azul intenso, y después color rojo hecho con fucsina.

Para el color azul puede servir el azul de anilina, ú otro color de los que se acostumbra á dar á las pieles.

La fucsina debe disolverse en una mezcla de alcohol y agua, porque en el agua sola se disuelve muy poco.

Elixir de pepsina.

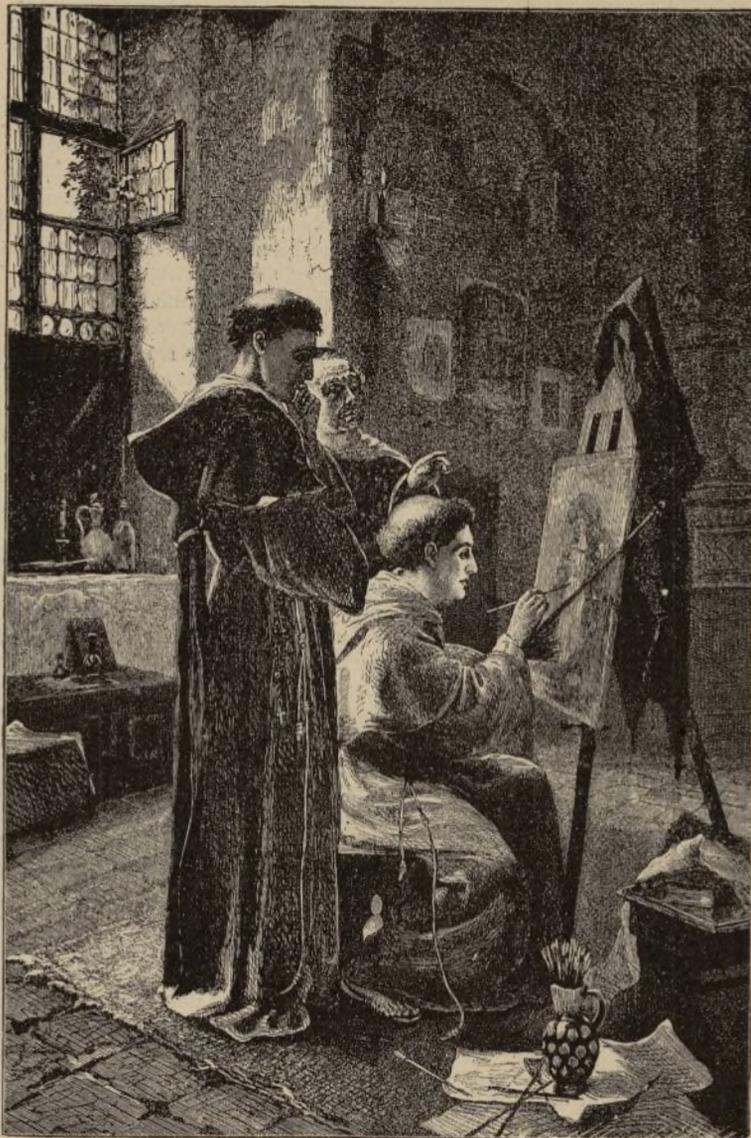
Pepsina medicinal.....	7 gramos.
Agua destilada.....	90 —
Alcohol de 80º.....	30 —
Jarabe simple.....	80 —

Disuélvase en un mortero de cristal la pepsina en la mezcla, agua y alcohol, y agréguese el jarabe, déjese en contacto durante veinticuatro horas y fíltrese.

Tiro de las chimeneas.— Mr. Livet ha ideado un sistema de conducción de humos aplicable á todas las chimeneas de los hogares de motores de vapor, que se funda principalmente en dar á los conductos y á la chimenea dimensiones gradualmente crecientes á medida que se separan del hogar.

Este sistema ha sido establecido en una caldera de Cornuailles, compuesta de un cuerpo cilíndrico con dos tubos de hogar interiores; los productos de la combustión vuelven hacia la parte interior de la caldera, siguiendo un conducto lateral, cuya sección es mayor que la suma de las secciones de los tubos de fuego, y van á la parte posterior por otro tubo lateral de mayor diámetro que el primero, saliendo de allí á la chimenea, cuya sección va en aumento de abajo arriba. En ambos extremos de la caldera hay una caja de humos en que se deposita el hollín.

Esta disposición, según el inventor, mejora el tiro y facilita la absorción del calor por las paredes de la caldera, por efecto de que se disminuye algo la velocidad de la corriente gaseosa.



LA CELDA DE UN CONVENTO.

dos está más alto que el contrario.

De estos defectos son culpables los menajes de las escuelas, que, á pesar de los adelantos que aconseja la ciencia, siguen siendo antiguos en la inmensa mayoría de los centros de instrucción.

Los maestros deben fijarse mucho en estos detalles, que influyen tanto en el desarrollo de sus discípulos, y por su parte las madres no deben extrañarse que sus hijas estén cargadas de espaldas, ó presenten desagradables desviaciones del talle si no vigilaron antes las posturas de aquéllas durante las labores ó durante el trabajo diario.

Estas ligeras indicaciones deben prevenir á los padres respecto á la oportunidad de las frases apuntadas al principio de este artículo; y ya que de consejos se trata, diremos que no se debe acudir para remediar estas desviaciones á la gimnasia ó á la ortopedia mercantil y rutinaria sin consultar la opinión del facultativo, que debe tener presente estas causas y conocer mejor que nadie el remedio.

Protección de las yemas de la vid.— Cuando la vegetación se haya iniciado mostrándose sus efectos en la aparición de las yemas, son más de temer las heladas que dañan aquellas partes más delicadas y tiernas del vegetal, y que por lo tanto conviene